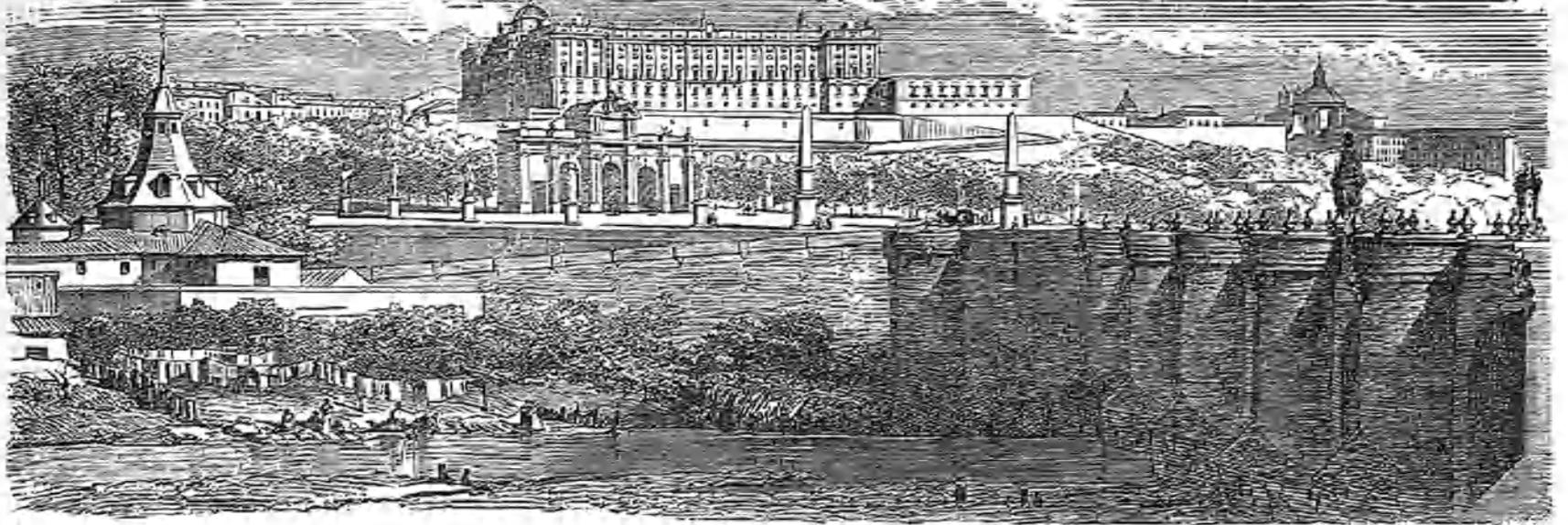


# LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 30 DE SETIEMBRE DE 1871.

NÚM. 42.

## SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernández Flores.—Carta al señor Director de La Ilustración de Madrid, por D. Eugenio de Ochoa.—Teatro español del siglo XVI, artículo I, por don Manuel Cañete.—Anacronística realista (poesía), por D. Antonio de Trueba.—El túnel del Mont-Cenis, por D. Ricardo Serrero de Basagoiti.—Los Quijotes y los Sanchos (conclusión), por Akriman.—Los Grupos, por D. Adolfo Mentaberry.—Puerta de San Andrés en Segovia, por D. Ricardo Villanueva.—Casco del emperador Carlos V, por X.  
 GRABADOS.—Casco del emperador Carlos V, fotografía de Laurent, dibujo de D. D. P.—Colocación de la última piedra en el túnel del Mont-Cenis, croquis de M., dibujo de D. J. L. Pellicer.—Emmo, señor conde de la Alameda y Bría, arzobispo de Toledo, dibujo de D. A. P.—Diputación provincial de Barcelona, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Excelentísimo señor duque de la Victoria, fotografía de Laurent, dibujo de don A. Pérez.—Llegada de S. M. el rey a la estación del camino de hierro de Barcelona, croquis de D. Félix Urgellés, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Entrada de S. M. el rey en Barcelona, croquis de D. Eduardo Berentés, dibujo de D. D. P.—Puerta de San Andrés en Segovia, croquis de D. Ricardo Villanueva, dibujo de D. Daniel P.

pado: entusiasmo que ha revestido el carácter reflexivo, digno y sensato de los habitantes de aquella privilegiada población. El rey hizo su entrada en ella á las cuatro de la tarde del día 13. Desde Sans, la gente llenaba ambos lados del camino y fué recibido entre vivas generales. En la estación habíase levantado un pabellón de bonito aspecto, con objeto de que S. M. pudiera descansar allí algunos momentos y recibir á las autoridades, á las corporaciones oficiales, á las comisiones de los pueblos de la provincia y á las infinitas personas que habían acudido á rendirle tributo de respeto y á felicitarle por su llegada. La muchedumbre se agolpaba

con indecible interés y curiosidad, pues quería conocer y saludar al soberano: El pabellón en que descansó S. M. había sido preparado por el Ayuntamiento.

Después de algunos instantes de descanso, el rey se puso en marcha hácia la catedral, donde debía cantarse un solemne *Te Deum*. S. M. caminaba sobre un magnífico caballo, negro como el azabache, reiterándose á su paso las aclamaciones y el entusiasmo de la multitud que henchía las calles de la carrera.

Otra lámina de La Ilustración en este número que tiene relación con este acontecimiento, y es la que representa el aspecto que ofrece el salón de sesiones de la

Diputación provincial de Barcelona en una de las mismas.

Cualesquiera que sean las opiniones políticas del escritor que deba trazar la historia ó la biografía del ilustre pacificador de España, es seguro que su pluma no imprimirá sobre el papel más que frases de consideración y respeto. El general Espartero es de los pocos hombres que en este país, tan agitado por las luchas políticas, ha llegado á los más altos puestos del Estado, sin que nadie haya puesto en duda la lealtad, la nobleza de sus acciones, su desinterés y su patriotismo, y uno de los pocos también que, después de haber prestado á su país los más señalados servicios, se ha relegado espontáneamente á la oscuridad de su modesto retiro, del cual nunca ha sido bastante á sacarle la voz de la ambición, si bien alguna vez lo haya abandonado cuando la salud de la patria inferiblemente lo exigía.

## ECOS.

Dos de las láminas que hoy publica La Ilustración de Madrid, representan la llegada de S. M. el rey á la estación de Barcelona y su salida de la misma estación, respectivamente. Los lectores conocen, sin duda, por haberlo leído en la prensa diaria, el entusiasmo con que el rey ha sido recibido en la culta y laboriosa capital del antiguo Princi-



CASCO DEL EMPERADOR CARLOS V.

El viaje de S. M. el rey á Valencia, Cataluña y Aragón, ha hecho fijar los ojos nuevamente con interés en el ilustre veterano que descansa en su soledad de Logroño de las fatigas de la guerra y de la política. Retirado se halla de ésta, y al entusiasmo que en otro tiempo inspiraba á las masas, ha sucedido un sentimiento de amor y respeto más tranquilo que aquel, siquiera no sea ménos profundo; pero sus actos tienen siempre gran importancia en el país y pueden influir, como hasta ahora, en los destinos de España.

LA ILUSTRACION DE MADRID ha escogido este momento para ofrecer á sus lectores el retrato del ilustre pacificador de España.

Consecuente con su propósito de reproducir por medio del lápiz y el buril los retratos de los hombres que influyen en el movimiento religioso, político ó literario de nuestro país, LA ILUSTRACION publica hoy el del señor cardenal arzobispo de Toledo.

\* \* \*

Dentro de muy breves días ha de abrirse la Exposición de pinturas. Desde luego, puede darse por seguro que será la más brillante de cuantas hasta ahora se han celebrado en Madrid. Muchas y muy notables son las obras que figuran en este concurso y ellas demostrarán ciertísimamente que el génio, la inspiración y el sentimiento no han abandonado aún la patria de Velazquez, de Murillo y de Alonso Cano. Pintores de esculapido renombre conquistarán en esta certámen nuevos aplausos, mostrándonos los prodigios de sus pinceles, sin que falten tampoco jóvenes artistas llenos de fé y de entusiasmo que ya en sus primeras obras despliegan las facultades del génio.

Ante un acontecimiento de tan grande importancia artística LA ILUSTRACION DE MADRID no ha de permanecer indiferente. Con especial cuidado estudiará las obras de los artistas que tomen parte en el certámen, reproduciendo muchas de ellas en sus páginas y examinándolas también con crítica del todo desapasionada.

De este último trabajo deben ocuparse plumas tan bien cortadas y competentes como lo son las de los señores D. Roman Góicoerrotea, ilustrado director de esta Revista, y D. Peregrin García Cadena, distinguido colaborador de la misma.

Yo sé bien que en sus críticas ha de guiarles el sentimiento de la verdad y de la justicia; que no han de doblegarse ante mezquinas consideraciones y que sus censuras, como sus elogios, mostrarán su amor y su entusiasmo por el arte y sus nobles intenciones.

Y, quién sabe, acaso yo, cuando la Exposición, como acontecimiento de actualidad, esté bajo mi dominio de revisero, y tenga que buscar en los cuadros expuestos, y en el público que los contempla, asuntos para mis ecos, acaso digo, caiga yo también en la mala tentación de decir algo acerca del arte y de los artistas.

\* \* \*

Cuentan las crónicas que allá por los años de 1447 el rey D. Juan el segundo de Castilla concedió á Madrid el privilegio de que pudiera celebrar feria. Desde entonces al llegar San Mateo practican los vecinos de Madrid una limpia general en rincones y buhardillas, y lanzan á la vía pública todos los encharchados rotos y todos los trastos descompuestos en el transcurso del año.

Mucho habrá variado, sin duda, el aspecto de este cuadro de miserias desde el primitivo establecimiento de las ferias hasta el día; pero en el fondo siempre habrá sido y es el mismo. Si entonces figuraban, perdidos en algún monton de sucios y destrozados encajes y de harapos, las cotas de malla y los capacetes y las tizonas de los héroes victoriosos de Sierra Elvira ó de los vencidos de Archidona, y si entre ellos por azoso encontrábase la escarcela de D. Alvaro de Luna, los chapines de doña Blanca, alguna trova de Santillana ó el turbante del mismísimo Aben-Osmán el Cojo, hoy, en cambio, entre la revuelta multitud de objetos que duermen ante el Carrillo de San Blas, véanse perdidos el uniforme del ministro, el traje de baile de la duquesa, la gorra del *ynsky*, el kepi del miliciano, la partitura del *Guillermo*, el retrato de Fernando VII y todos los desperdicios del mueblaje, guarderapia, artes, ciencia y literatura de los hambres del siglo XIX. ¡Y en qué estado, cielo santo, se encuentran esos trabajos, artefactos, fragmentos y residuos de la civilización contemporánea! ¡Cómo contrasta el ánimo del curioso tan lamentable desorden y tanta ruina! Quién al ver aquel pequeño guante blanco que tiene, al presente, notorias señales de haber contribuido al esplendor de las luces poniéndose en contacto

con los polvos de Segovia, pensará que un tiempo oprimieran la delicada mano de una mujer aristocrática. ¡Quién ¡ay! rendirá hoy á esa desdolorada casaca los honores que se la tributaron cuando en hombros de su dueño se paseaba llena de cintas y de cruces en los campos de batalla y en los salones de la corte. ¡Cuánta inspiración se habrá cobijado, tal vez, á la sombra de aquella peluca bermeja! ¡Cuántos corazones se habrán quedado prendidos en aquellos ricos negros, cuando brillaban hábilmente puestas sobre una frente blanca y pura y unos ojos fascinadores! ¡Qué de aplausos y de síbidos habrá escuchado ese tabardo guarnecido de pieles que ha hecho la reputación de todos los barbas que se han sucedido desde Miqueles hasta Roma! ¡Espejos sin luna, marcos sin pinturas, sombreros de copa sin copa, zapatos sin suela, vainas sin espada y espadas sin hoja, pupitres sin tapa, sartenes sin mango; lo que era fuerte, roto; lo que fue blanco, negro; lo que deleitaba la vista, sin poseer ni atractivo! Ante esos montones de esoria que la sociedad aglomera y que los traficantes muestran y pregonan con cinismo exclama el filósofo consternado: ¡Cuántas miserias y cuántas lágrimas, cuánto placer pasado y cuántos silenciosos testigos de aventuras de amor, de tragedias del crimen, de la historia de la humanidad, en fin, yacen ahí amontonados!

Pero no se crea que esos trastos, sin valor al parecer, son tan despreciables. Encuentran comprador; son muy útiles. En la creación todo está sujeto á una ley de renovación incesante. Si la materia orgánica que ayer tenía forma humana reaparece en el eiprés que nace sobre una tumba, en el ladrillo que se incrusta en un monumento, ó en el cristal que adorna nuestras mesas, el fieltro de aquellos desfigurados sombreros, el paño de aquellas desahucadas casacas, la piel de aquellos guantes rotos, ó de aquel tabardo, despojo del histrionismo, adquieren bajo los dedos de la industria nueva forma más seductora que la primitiva. ¡Vosotros, los que escogéis el mejor y más blanco papel para escribir á vuestras enamoradas; los que pisáis ricas alfombras y calzais en invierno vuestros helados pies con zapatillas suizas, saludad con respeto ese monton de tristes rutinas sobre el cual se nos aparece desde los tiempos de don Juan el segundo, el vergonzoso y avergonzado nómada de la feria!

Sin embargo, desde que las ferias se trasladaron de la calle de Alcalá y las plazuelas de Madrid al paseo de Atocha, perdieron su legítimo carácter. La industria reina allí hoy por completo, y las ferias significan la traslación de dos docenas de tiendas que el resto del año están en el centro de Madrid.

Los cortesanos van allí por no perder la costumbre; compran una trompatilla de plomo, media docena de soldados y gallos de pastafiori ó alguna manta de Palencia, y despues de prosternarse ante la imagen de San Blas en la eremita cimita, se vuelven á su casa con la tranquilidad de los justos, y como quien ha cumplido un alto deber de patriotismo.

Lo que era feria se ha tornado romería.

\* \* \*

Los rusos, comprendiendo que dentro de poco tiempo tendrán que batirse con los prusianos, están reformando su ejército.

El czar ha mandado publicar bajo su dirección y á su costa, una biblioteca que comprende cuanto debe saber el más ilustrado oficial de sus tropas.

Ya no se trata de que sean valientes, sino de que sean sabios.

En efecto, está ya probado que los soldados esforzados y resueltos no hacen más que comprometer el éxito de las batallas.

El Cid, Bernardo del Carpio y Roldán, serian hoy más temibles para los propios compañeros de armas que para los contrarios.

Y no cabe duda que los doce caballeros de la Tabla redonda serian hoy ignominiosamente pospuestos á los siete sabios de Grecia si unos y otros quisieran sentar plaza en algun regimiento.

\* \* \*

El Sr. Rivas se ha propuesto eclipsar las glorias de todos los empresarios conocidos.

Difese que tendremos ocasión de oír este año en el Circo de Madrid, á la Nilson, la Kraus, la Saxe, Tamboreslik y á no sé quien más.

¡Bravo! ¡bravísimo!

Veo que el Sr. Rivas es capaz de contratar al divino Apolo y á las nueve musas.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

## SEÑOR DIRECTOR DE LA ILUSTRACION DE MADRID.

Madrid 15 de setiembre de 1871.

MUY SEÑOR MIO Y AMIGO DE TODO MI APRECO: Vi- vimos en unos tiempos tan ruines, dado que no lo ha- yan sido todos igualmente, como me malicio, que no hay protesta ni precaucion oratoria que sobren para que un hombre, aun cuando pase por hombre de bien, sea crei- do bajo su palabra; siempre la sincoridad del prójimo nos parece dudosa, tal vez porque no estamos muy se- guros de la nuestra. Sobre todo cuando oímos elogiar á alguna persona ó cosa, propendamos grandemente á la desconfianza; y si el que elogia es un hombre y la elo- giada una dama, ó bien si la cosa sobre que recae el elo- gio es un producto más ó ménos mercantil, siquiera sea de carácter marcadamente literario, la desconfianza sube de punto, y gracias si la malicia no se escurre en el primer caso á suposiciones traviesas, y si no acusamos en el se- gundo al elogiador de lo que los franceses designan con la denigrante expresion de *faux l'artiste!*

Ahora bien, señor director, yo me encuentro en lo peor de cada uno de estos dos casos: voy á elogiar, y á elogiar con todo el calor de mi alma, á una persona de sexo hermoso y una produccion literaria que está á la venta y cuesta dinero, aunque incomparablemente mé- nos de lo que vale. Voy á recomendar á la atención de usted y por su conducta á la de los numerosos lectores de LA ILUSTRACION, un periódico que se publica en esta corte y que ha fundado y dirige con singular acierto una señora; forzoso me será, pues, empezar, bajo palabra de hombre honrado, por declarar que no escribo en el pe- riódico, ni tengo en él participación de ninguna espe- cie, salvo ser suscriptor y lector sayo muy asiduo, y que no tengo el honor de conocer, ni aun de vista, á la señora que lo dirige: únicamente sé que se llama doña Concepcion Arenal, porque leo frecuentemente su firma al pié de excelentes artículos impregnados del más puro senti- miento de caridad cristiana y perfectamente escritos ademá, lo que de ningún modo daña, antes muy al con- trario, á la sana intención que los dicta. El periódico fundado y dirigido por esta señora se titula *La Voz de la Caridad*: es una Revista quincenal que cuesta diez reales por semestre, ó ses por cada doce números, con la circunstancia notabilísima de que los productos íntegros de la publicación se destinan á los establecimientos de beneficencia. Todo en este excelente periódico se hace, segun la hermosa expresion cristiana, por el amor de Dios y con el solo objeto de aliviar las miserias del prójimo. Permitame Vd., pues, señor director, que me valga de su también excelente periódico para llamar so- bre la inspiración de aquel feliz pensamiento todas las simpatías de las almas caritativas, que vale tanto como decir de todas las almas buenas, y sobre su obra las sus- cripciones de todas las personas que puedan destinar diez reales cada semestre á una obra de caridad y á una utilísima propaganda.

Sobre esto particularmente quiero llamar la atención de Vd. y la del público. *La Voz de la Caridad* en nada absolutamente se roza, á primera vista, con lo que se llama la política; es, como ya he dicho, una Revista quincenal consagrada á la propagación de la que sería la más hermosa de las virtudes, la caridad, si entre estas divinas flores del cielo cupiese antelación ó preferencia alguna, y sin embargo, yo veo en *La Voz de la Caridad* una publicación que podría y debería ser de inmensa trascendencia política y aun social si alcanzase del pú- blico todo el favor que merece. Mil veces se ha dicho aquello de que la prensa es como la lanza de Aquiles, que sana las heridas abiertas por ella misma, y aunque se haya hecho moda burlarse de este aforismo clásico, yo continuo creyendo en él; uso en la influencia *social* de la prensa, porque creo en su influencia *social*. Porque creo que hay periódicos capaces de hacer mucho daño, estoy convencido de que por medio de otros periódicos se puede hacer muchísimo bien, y si es grande el horror que me inspiran los primeros, no es menor el entusias- mo con que miro á los segundos: toda la cuestion está en el espíritu, bueno ó malo, que los inspira. No acierto yo á explicar, señor director, la deliciosa impresión que experimento los días 1.º y 15 de cada mes cuando entre el monton de periódicos indógenos y extranjeros que há- bitualmente cubre mi mesa de despacho veo apuntar la modesta cubierta gris de *La Voz de la Caridad*: se me figura ver brillar un poco de azul en un cielo encapota- do de nubes amenazadoras, ó para no recontarnos tan- to, diré á Vd. que es como si viese á una cándida paloma entre una bandada de aves de rapiña, ó más bien—pasa no quiero lastimar á nadie, siguiendo en esto el precepto y el ejemplo del periódico que elogio— á una

húmeda y hermosa virgen en medio de un grupo de gladiadores. Libreme Dios de deprimir en lo más mínimo la noble profesión del periodista político: yo también la he ejercido muchos años y con la más sana intención, como la supongo en todos los que la ejercen; pero el periodismo político es una lucha, y toda lucha es horrible en sus medios, por más que alguna vez pueda ser útil y laudable en sus fines. Los míos, repito (y cito mi ejemplo como pudiera citar otro cualquiera), eran excelentes, en mi sentir, como lo eran, sin duda, los de mis adversarios en el suyo; pero, ¿en qué consistió que en nuestras diarias polémicas ellos me atribuiran á mí más ó menos embazadamente, y yo les atribuía á ellos, miras torcidas, y nos abramábamos mutuamente á sarcasmos, á invectivas, casi á injurias, procurando hacernos el mayor daño posible? Consistía en que lo que menos hablaba á nuestra mente y á nuestro oído en aquellos días de ardiente lucha, era la voz de la caridad; consistía en que la política tiene terribles exigencias, y que una de ellas es la de pelear, ya con la espada, ya con la pluma, y pelear es siempre hacer daño al prójimo, y hacer daño al prójimo es faltar abiertamente á la ley de amor. De aquí el anatema que muchas gentes honradas, pero de poco espíritu, lanzan en el fondo de su corazón contra la prensa política, en especial la diaria, acusándola de muchas cosas malas, amen del gran pecado que, no sin fundamento, se la atribuye de contribuir poderosamente á matar el libro.

Recuerdo que siendo yo muy joven y ya periodista, es decir, hace muchos años, se trabó una tremenda lid de plumas entre dos eminencias de la prensa política de entonces, Lista y Galiano nada menos, por haber uno de ellos estampado y comentado en su periódico aquella sentencia demasiado cruda de un furioso escritor realista de la Restauración, el bordelés Mr. de Fonfrède, símal no recuerdo, que decía: «La profesión del periodista es un oficio infame.» Figúrese Vd. la polvareda que se levantaría con tal motivo; pero disipada un poco la tormenta, resultó que todos tenían razón y que con sólo completar el aforismo, lastimosamente truncado por el citador, era una verdad como un templo. Faltábale, con efecto, esta coleta: «Cuando se ejerce de una manera infame y como un oficio.» Emplear el arma terrible de la prensa con el propósito deliberado de difamar, de calumniar, de mentir, de atacar el orden social, de escarnecer la moral pública, de infringir la legalidad, de insultar á los poderes públicos, ¿quién duda que es una infamia? Y téngase en cuenta que por mucho que la ley apetea sus clavijas, es inevitable que todo esto pueda hacerse, hasta cierto punto y casi impunemente, si el escritor tiene más talento que probidad. Sea un bien, sea un mal, la existencia de los periódicos es una necesidad de nuestro actual orden social: la ley los protege; han entrado en nuestras costumbres y no hay más remedio que contar con ellos. Yo bien sé que para cortar los daños que pueden causar, lo más breve y lo más cómodo sería suprimirlos todos dejando solo la *Gaceta* y el *Diario de Avisos*, como en tiempo de Calomarde; pero como no existe hoy gobierno ni partido bastante poderoso para hacer esto, no por falta de ganas, sino por falta de fuerza, lo que la prudencia y el patriotismo aconsejan es dirigir la prensa por buen camino y oponer sus buenas á sus malas predicaciones. El triunfo, á no dudarlo, será de las buenas. En este sentido se ha dicho también muchas veces que la prensa tiene una noble misión que cumplir, y que su ejercicio nos levanta casi á la dignidad del sacerdocio, pero es sólo cuando ese ejercicio va encaminado á un recto y desinteresado fin: en caso contrario no hay nada más abominable que aquel ejercicio, en virtud de la antigua sentencia *Corruptio optimi, pessima*.

Á la prensa de los rencores y de las injusticias intencionadas, de la inmoralidad y del embrutecimiento, no hay más remedio que oponer la que moraliza é instruye. Y para que esta oposición sea eficaz hay dos grandes deberes que cumplir: uno por parte de los que saben manejar la pluma, y es el de esgrimirla con perseverancia y valor en defensa de las sanas doctrinas; otro por parte de los que pueden gastar dinero, y se reduce á emplear una insignificante parte de su caudal en suscribirse á las publicaciones buenas, lo cual es también un medio de cooperar al bien común. El que ni uno ni otro pueda hacer, ni escribir ni suscribirse, cumple con su conciencia recomendando aquellas sanas publicaciones á los que puedan protegerlas más eficazmente ó dándoles siquiera la posible publicidad.

De cooperar al bien común, he dicho; y con efecto, ¿qué mayor bien pueda hacerse á toda la sociedad que el de rebatir victoriosamente los errores que amenazan sumirla en un abismo de desastres? El socialismo, el comunismo, la *Internacional*, que es la que hoy está á la

orden del día, trabajan sin tregua, por la ignorancia de unos, por la malicia de otros, en la ímproba obra de demolición de que nos ha dado una triste muestra la *Comuna* de París; vanamente los gobiernos emplearán contra la propagación de esas horribles teorías el hierro y el fuego; no hay más medio eficaz de acabar con ellas que la predicación y la práctica de las virtudes cristianas, sobre todo de la caridad. Ilustrar y socorrer al pobre, al que padece, al extraviado; esto nos manda la voz de la caridad; esto hace en la medida que le es posible el periódico que lleva aquel hermoso título. El pone al alcance de todas las clases la inteligencia de esas pavorosas cuestiones que sólo por no ser bien conocidas y por presentarse á los ojos del vulgo tan maliciosamente desfiguradas, ofrecen tantos peligros: esas cuestiones son principalmente la relación del capital con el trabajo, la trasmisión hereditaria de la propiedad, los derechos y los deberes individuales y colectivos. El día en que nuestros proletarios vean claro como la luz que se les miente con irritante cinismo cuando se les prometen mejoras en su condición con utopías cuya vanidad se ha demostrado mil veces, pues eran ya viejas en los tiempos de Grecia y Roma, y que cada vez que se han ensayado han dado por resultado inevitable, como lo darán siempre, una espantosa agravación de los males que se esperaba evitar, ese día cesarán los peligros que hoy pesan sobre la sociedad como otra espada de Damocles.

Á acelerar la llegada de ese día feliz contribuiría mucho, de seguro, *La Voz de la Caridad*, si fuera tan leída como merece. Bajo el título de *Cartas á un obrero*, de que ya lleva publicadas ocho, va pasando revista la señora Arenal á todas esas cuestiones candentes de que hablaba antes, y resolviéndolas con el criterio del buen sentido y de la caridad cristiana, en términos tan claros, tan precisos, tan felices, que la inteligencia más vulgar sale con su lectura tan capaz como el más docto de rebatir los absurdos cuanto odiosos sofismas de los que se pavonean con el título de *demolidores sociales*. Ayudan frecuentemente á la escritora en su evangélica tarea algunas plumas no muy conocidas, por mí á lo menos, pero dignas de todo respeto por el noble interés que evidentemente las guía: todas pudieran firmar sus escritos con estas palabras: *La obra honrada*, y á fé que no conozco suscripción más hermosa. Alguna rara vez he visto en esta Revista la firma justamente reputada del docto académico y distinguido economista don Antonio María Segovia. Sólo dos nombres muy conocidos veo figurar en casi todos los números, al lado del de la señora Arenal, y son los de D. Fermín Caballero y D. Antonio Gueroa. Nadie ignora cuánto se han ilustrado ambos ya de antiguo en el cultivo de las letras y en altos puestos de la administración pública, pero pueden estar seguros uno y otro de que la activa cooperación que prestan á *La Voz de la Caridad* es, no sólo su más bella corona literaria, sino también un título más honroso al aprecio de los hombres de bien y acaso el mayor servicio que han prestado á su país. Siempre he tenido al Sr. D. Fermín Caballero por el tipo acabado de un *buen ciudadano*: apenas hay cuestión de interés público en que no tome una parte activa, siempre desinteresada, siempre movido de un ardiente é ilustrado patriotismo. Injusto sería no hacer igual elogio del Sr. Gueroa ó reconocer á lo menos que va por el mismo camino: ambos han comprendido una gran verdad, y es que las ideas dirigen y dominan el mundo y que trabajar moralmente, ó sea en el terreno de las ideas, vale tanto... ¿qué digo? vale é influye en la cosa pública más que agitarse violentamente en el terreno de los hechos. *Mens agitans molem*.

Y pues he tocado este punto no quiero dejar la pluma sin decir también algo de otro escritor que igualmente trabaja con laudable propósito en el terreno de las ideas, y á quien, lo mismo que á la señora Arenal, no tengo el honor de conocer ni aun de vista. Hablo del Sr. Pérez Galdós, autor de la *Fontana de Oro* y de otra interesante novela que en estos momentos está publicando la *Revista de España* con el título de *El Audaz*. Sólo estas dos obras conozco del Sr. Pérez Galdós, una de ellas incompleta, como ya he dicho, y de ambas resulta que el joven autor escribe inspirado por una idea elevada, realmente patriótica, y guiado por un sentimiento que considero laudable, cual es el de presentar en relieve los vicios y las miserias de la sociedad que precedió inmediatamente á la nuestra, para que no calgamos en la red que nos tienden los que, sólo porque así cuadra á sus propios intereses, quisieran hacernos volver á ella. Tal me parece la síntesis de las dos obras citadas que he leído sin prevención alguna, y que desde sus primeras páginas cautivarán grandemente mi atención, más aún que por su mérito literario, y eso que es

de primer orden, por la idea que las anima ó sea por lo que llamaré su profunda intención moral, que, lo repito, me parece muy laudable. *Joven* he llamado al autor, porque de algunos accidentes de sus escritos deduzco que no alcanzó ni con mucho las épocas que describe, ni aun conoce sino de oídas la de la *Fontana de Oro*, más reciente que la que sirve de marco á la ingeniosa fábula de *El Audaz*; ciertas inevitables de detalles lo indican claramente, pero en cambio se ve en el conjunto de sus cuadros de costumbres y en su colorido local una admirable verdad que demuestra un estudio profundo de las cosas y de los hombres de aquellos tiempos, junto con una rara facultad de lo que llamaré «resurrección de lo pasado.» Hay en la *Fontana*, como en *El Audaz*, tipos de una realidad incomparable, tan llenos de vida que no parece sino que los hemos conocido y tratado, ó más bien que los estamos tratando todavía: tales son Coletilla; las hermanas Porreño, en especial Paulita; Martín Muriel; el padre Jerónimo de Matamala; el petitmetre Pluma; el conde de Cereñuelo y su administrador Segarra; el abate Paniagua y tantos otros, alguno de los cuales figura en las dos novelas, á la manera de Balzac en los cuadros sucesivos de su *Comedia humana*, una de las pocas glorias literarias de este siglo.

Bien hace el Sr. Pérez Galdós en esgrimir su bien tajada pluma contra la hipócrita sociedad de fines del siglo pasado y principios del presente, sociedad devorada por una depravación profunda bajo sus apariencias santurronas; de aquella sociedad que rezaba el rosario todas las noches y se arrastraba por las mañanas en las antecámaras del príncipe de la Paz; que tenía los pueblos llenos de conventos y los caminos infestados de saltadores; que abrigaba todos los vicios y todos los escándalos de la nuestra, con otros más, ante los cuales se sublevarían hoy hasta la piedras; de una sociedad tan corrompida en ideas como en costumbres y hasta en gusto literario; á punto de extasiarse con estos versos de Moratin, el padre, destinados á cantar la gloria del torcedor insigne Pedro Romero:

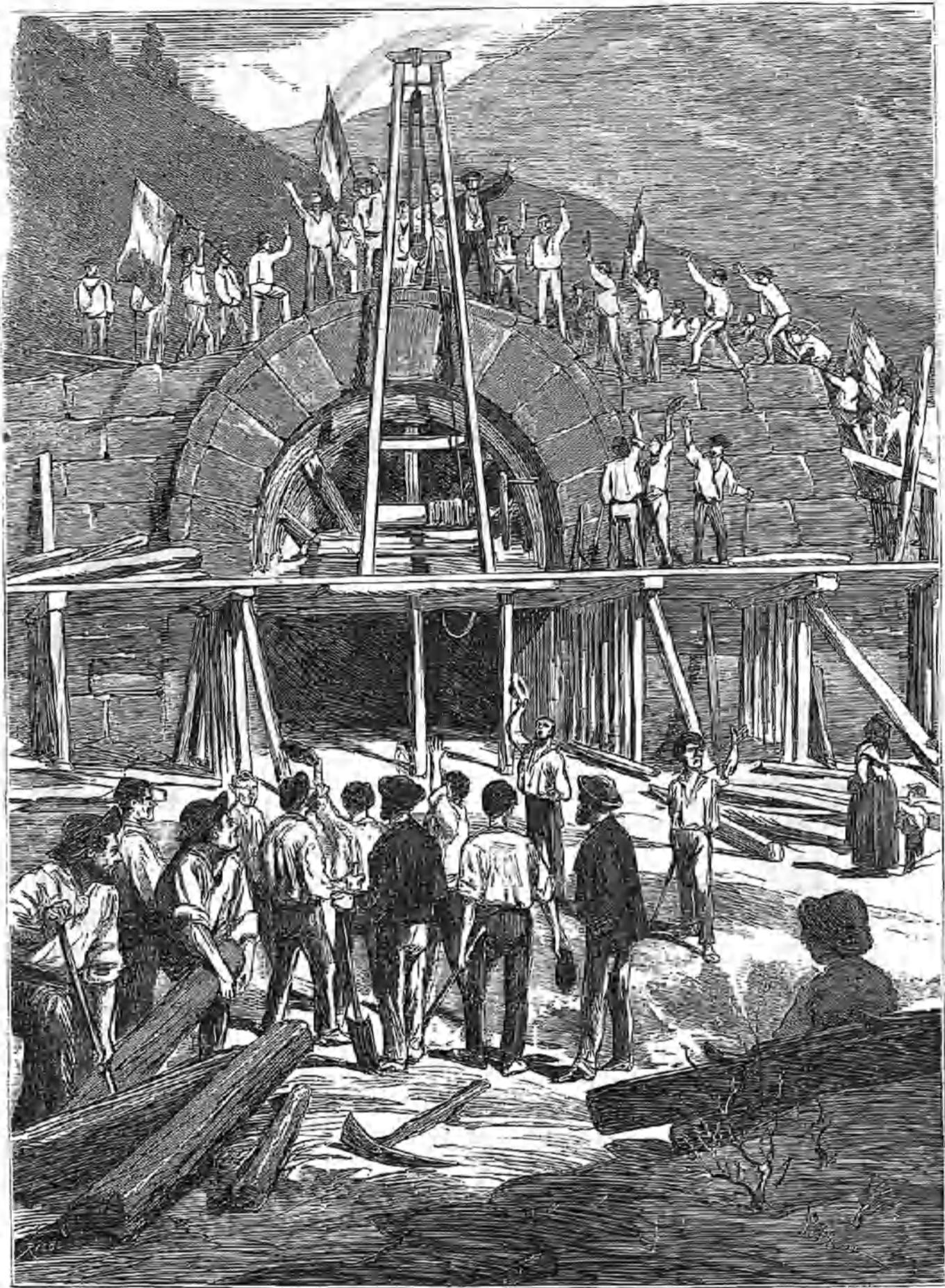
«¿Cuál rey que ceda la corona  
Entre hijos de Belona,  
Podrá mandar á sus vasallos fieros  
Como el ducho feliz de las Rapinas  
Hacer tales biznuzas?»

¡Aquellas biznuzas inmortales, dignas de la *ciencia de Apolo*, *asíadas* de los extranjeros, eran estoquear un toro con mucho garbo! Y mientras tanto Nelson abrasaba nuestra escuadra en Trafalgar, y éramos el juguete de Francia y nos disponíamos á abrir cívididamente nuestras plazas á sus ejércitos para que nos sumiesen en una guerra de exterminio, que si terminó con gloria para nosotros, también nos costó ríos de lágrimas y sangre, precioso don de un gobierno personal, de un régimen absoluto, como el que hoy se recomienda tanto por cierta escuela política, sin Cámaras, ni periódicos, ni derechos, ni ninguna de las abominaciones del día. Es inexacto decir que no hubiese entonces *derechos*; uno había consignado con resignación admirable en el conocido dicho popular: *Nunca ha de fallarnos papa que nos escamulgue, ni rey que nos ahorque*. ¡Tan elevada idea tenía del pontificado y de la corona el pueblo católico y monárquico por excelencia, educado por los frailes!

Y esos son los tiempos con cuyo recuerdo torcidamente evocado se quiere azotar á los nuestros, que aun cuando no contaran en su abono más que el beneficio de la publicidad, la cual imposibilita de todo punto la reproducción de ciertos escándalos, tendría asegurada sobre ellos una superioridad incontestable. No se invoque hipocritamente el respeto debido á nuestros mayores y á la tradición de lo pasado; lo pasado es un sepulcro; debemos venerarlo, pero enterrarlo vivo en él, eso no. Me guardaré muy bien de burlarme de mis abuelos porque viajaban en galera ó en mulo, pero de declarar que la primera vez que tenga que ir, aunque no sea más que al Baorial, tomaré revolucionariamente el ferro-carril, por más que se escandalicen los guardadores fanáticos de nuestras veneradas tradiciones. Sospecho que el Sr. Pérez Galdós ha de opinar lo mismo que yo en este y otros puntos, y de ello me felicito cordalmente.

Queda de Vd., señor director, antiguo amigo y seguro servidor: Q. B. S. M.

EUGENIO DE OCHOA.



COLGACION DE LA ÚLTIMA PIEDRA EN EL TÚNEL DEL MONT-CENIS.

## TEATRO ESPAÑOL DEL SIGLO XVI.

## EL REGISTRO DE REPRESENTANTES

DEL VALENCIANO JUAN DE TIMONEDA.

## ARTÍCULO I.

Al proponerme no ha muchos años buscar y reunir materiales para la historia del teatro anterior á Lope de Vega (que todavía está por hacer, no obstante los laudables conatos del Barón de Schack en la suya de *la Literatura y del Arte dramático en España*), lo primero que creí necesario fué volver á leer, ó mejor dicho, estudiar con detenimiento el copioso *Catálogo histórico y*

*crítico de piezas dramáticas* formado por Moratín, impreso á continuación de su elegante discurso referente á los *Orígenes del Teatro español*. Porque sea cual fuere la opinión acerca de lo que hizo en este asunto el erudito Inarco, y de lo que pudo hacer con los elementos que aún existían en su época (muchos de los cuales han desaparecido ya para siempre), nadie cometerá la injusticia de negar que á su laboriosa diligencia, á su patriótico celo somos deudores del primer sólido andamio levantado para construir tal edificio, así como de la traza más conveniente á su parecer, y del mayor caudal de noticias y datos allegados hasta entónces para cimentar la fábrica.

En esta abundosa manantial, donde han bebido profesores tan eminentes como D. Alberto Lista (debió eco de los *Orígenes* en sus *Lecciones de Literatura Española* explicadas en el Ateneo de esta corte), tropecé con

una ligera insinuación que despertó desde luego en mí gran curiosidad y ardiente deseo de satisfacerla.

Por ramata y corona de lo que apunta el famoso restaurador y modelo de la buena comedia en los números 97, 98 y 99 de su *Catálogo*, se leen estas palabras: «Timoneda publicó los tres pasos precedentes en una colección que intituló *Registro de Representantes*».

Ahora bien, ¿qué colección es esa? ¿Dónde la vió Moratín? ¿Cuántas piezas contiene? ¿Qué ingenios las compusieron?

El método que observa comunmente nuestro famoso Inarco Celenio no es apropiado para resolver tales dudas, porque rara vez comprueba sus verdídicas citas con indicaciones bibliográficas que pongan á los demás en camino de hallar y apreciar por sí las obras raras de que hace mérito. Pero esa misma dificultad de averiguar lo que anhelaba tanto, sirvió de aguijón á mi empeño de



EMMO SEÑOR CARDENAL FRAY CIRILO DE LA ALAMEDA Y BREA, ARZOBISPO DE TOLEDO.

conseguirlo. Para ello apelé á nuestras bibliotecas públicas, á varias de particulares, que me franquean generosamente sus tesoros, y á las personas más versadas en el conocimiento de la antigua bibliografía española. Todo en vano. Cuando supe que hombres como Gayangos, Fernandez-Guerra, Hartzenbusch, Zarco del Valle y Sancho Rayon jamás habían logrado ver el *Registro de Representantes*, desesperé del intento, no figurándome que en el fin de esta curiosa investigación pudiera ser yo más afortunado que aquellos insignes bibliógrafos, vigilantes y entendidos rebuscadores de antiguallas literarias.

Sin embargo, los libros no parecen cuando se buscan ó necesitan, sino cuando quieren parecer. Ni toca siempre la satisfacción de hallarlos á quien la mereciera más. Tal ha sucedido en el caso presente con la suspirada colección del editor é ingenioso imitador de Lope de Rueda.

Examinando en la biblioteca de nuestro palacio Real la primera edición de *El Deleitoso* \*, libro rarísimo del egregio representante andaluz, á que el diligente Böhl de Faber no pudo echar nunca la vista encima, y que Gallardo copió de la edición de Logroño \* que existe ó existía en el Escorial (donde yo no he logrado verla, aunque lo he pretendido varias veces), encontré encuadernado en el mismo volumen, á continuación de aquel sabroso ramillete de flores cómicas, nada ménos que el tan codiciado *Registro de Representantes*. Este hallazgo me habría sido en cualquiera ocasión muy lisonjero; en aquella lo fué más aún, por lo inesperado é imprevisto.

¿Qué es, pues, el susodicho *Registro*, documento de suma importancia, como todos los de su especie, para la

mal conocida historia del teatro español del siglo XVI? Mejor que una descripción pomposa lo dirá la siguiente noticia bibliográfica:

PORTADA DEL LIBRO.

¶ Registro de representantes. | A do van registra- | dos por Ioan Timoneda muchos y | graciosos passos de Lope de Rue | da, y otros diuersos autores, assi | de Lacayos como de simples, y | otras diuersas figuras.

Debajo de estos renglones hay un escudete, y al pié:

¶ Impressos con licencia: | Vendense en casa de Ioan Timoneda, | mercader de libros á la Merced. | Año de 1570.

Á la vuelta de la portada se lee:

«Escribe Ioan Ti | moneda la presente octaua á | los Representantes.»

\* Valencia, 1567.

\* Es de 1588, y no ménos rara que la edición principe.

Sigue á este sucumbimiento el retrato del colector grabado en madera, y á continuación dice así la octava:

¿Aquí van registrados con mi pluma  
Los pasos mas modernos y graciosos,  
Aquí quasi veros en lipse sumis,  
Descubidos simplicísimos, braucos.  
De aquí el representante que presume  
Hacer que sus Colloquios sean gustosos,  
Puede tomar lo que le conviniere  
Y el paso que mejor hacer supliera.

El libro es un tomito en 8.º español, de 35 hojas, que forman cuatro cuadernos compuestos cada cual de ocho, y uno más al fin de toda la obra, con las signaturas A7—Bv—Cv—Dv—Eij.

Las piezas en él contenidas son:

1.º Paso primero del | medico simple, y Coladilla paje, y el | doctor Valverde. Es paso muy | apasible y gracioso.

(Empieza en la signatura Aij. Moratin da idea de este dialogo, anejiéndolo escrito hacia el año de 1660, en el número 97 de su *Catálogo histórico y crítico*.)

2.º Paso segundo de | los ladrones, muy agraciado y artificialmente | compuesto: en el qual se introducen | las personas siguientes. | Casoria viejo | ladrón. | Baytrago la- | dron nuevo. | Salinas la- | dron mozo. | Joan de buenal- | ma simple.

(Comienza en la signatura A B. Describe Moratin en el núm. 98 de su mencionado *Catálogo*, incluyéndolo tambien, lo mismo que al anterior y al siguiente, entre las obras que se escribieron ó publicaron el referido año de 1660.)

3.º Tercero paso de | Rodrigo del Toro simple deseoso | de casar, es paso muy regozijado, y se introducen en el las per- | sonas siguientes. | Gutierrez de Saoti | uañez lacayo mozo. | Yusea Lopez | fregona. | Margarita fregona | que es Yuañez. | Rodrigo del | toro simple | Salmeron amo | del simple.

(Da principio en la signatura B 7. Lleva el número 99 en el *Catálogo* de Moratin.)

4.º Paso cuarto muy | gracioso, agora nuevamente com- | puesto por Lope de Rueda. Intro- | ducense en el las personas | siguientes. | Madrigalejo | lacayo la- | dron. | Molina | lacayo. | Alguacil. | y un paje.

(Como correspondiente al año de 1558, y bajo el número 93, lo menciona el autor de los *Orígenes*. Empieza á la vuelta de la signatura Cv.)

5.º Quinto paso muy | gracioso, agora nuevamente com- | puesto por Lope de Rueda. In- | troduzense en el las per- | sonas siguientes. | Siguenca | lacayo. | Sebastiana | mundana. | Estapa | lacayo.

(Principia en la signatura Dij. Es el número 98 del *Catálogo* de Moratin, quien lo estima por gracioso dialogo "con buena imitación de caracteres y costumbres." Lo refiere al año de 1556.)

6.º Sexto paso muy | gracioso, agora nuevamente com- | puesto por Lope de Rueda. Intro- | ducense en el las personas siguientes. | Dalagon | amo. | Pancoruo | simple. | Periquillo | paje. | Payraton | Gascon. | Guillemillo | paje.

(Comienza en la signatura D C. Asignalo Moratin al mismo año que el anterior, señalándolo en su *Catálogo* con el número 90, y estimando que tiene agudeza la solución de esta pequeña fábula. En el sumario resumen que hace del argumento llama siempre *Guillemillo* al personaje que el actor del paso nombra *Guillemillo*.)

7.º Colloquio llamado prendas de | amor, son interlocutores | *Menandro* y *Sinós pastores*, y *Citena pastora*.

(Á la vuelta de la signatura E principia este colloquio, última pieza del libro. El benemérito Inarco lo atribuye tambien al año 1558. Da razon de él en el número 92, y lo incluye íntegro entre las piezas teatrales que escogió y puso á continuación de su interesante *Catálogo* "para presentar lo más digno de aprecio que nos queda de nuestros antiguos dramáticos.")

Estos seis pasos comprendidos en el *Registro* están todos en prosa; el *colloquio*, en fáciles y bien cortadas quintillas. Es de sentir que Timoneda enlase el nombre de los respectivos autores de los tres pasos anónimos (énicos de quienes dice Moratin que se publicaron en tal colección) porque rivalizan con los de Lope de Rueda.

Próximos á darse á la estampa los del batioja sevillano con todas sus demas obras, que he reunido cuidadosamente y va á publicar la Real Academia Española en su *Biblioteca selecta*, no hay para qué hablar de ellos en este lugar. De los otros si diré algo aquí, y aun copiaré textualmente largos pasajes para mostrar su gracia y sus cómicas, pues sólo conocen los estudiosos la sucinta explicacion que hace Moratin del argumento.

Pero antes cumple advertir que D. Cayetano Alberto de la Barrera, hombre muy versado en nuestra bibliografía dramática, y laureado en público certámen por su excelente *Catálogo bibliográfico y biográfico del Teatro antiguo español desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII* (impreso á espensas del gobierno en 1860), declara con noble sinceridad en el artículo relativo á Lope de Rueda no conocer enteramente el contenido del *Registro de Representantes*, aunque lo supone, sin fundada razon, de 1567. En ese año dió á la estampa Juan de Timoneda casi todas las obras que han llegado á nosotros del gran cómico sevillano, "varon insigne en la representación y en el entendimiento," como le llamó Cervantes; pero se ignora si perteneció á este número el *Registro*, del cual no existe, que sepamos, otro ejemplar sino el de la biblioteca de palacio, y es de 1570. Podrá objetarse que el malogrado erudito D. Juan Colan y Colon afirma terminantemente en sus *Noticias del Teatro español anterior á Lope de Vega* que Timoneda coleccionó y publicó el *Registro* en 1567, y añade que "están allí todos los pasos de Lope de Rueda." Mas si la noticia del año de la impresion es tan exacta como la del contenido del libro, ¿á qué prevenir que no merece crédito alguno? Barrera acepta, sin embargo, una y otra como verídicas, tanto en el artículo de Rueda como en el de Timoneda, y da por cosa averiguada que el *Registro de Representantes* contiene todas las obras del batioja. Ya hemos visto que sólo tres de los varios que este escribió se cuentan en colección tan curiosa. Creo necesario corregir el yerro, atendiendo á la merecida autoridad de Barrera en esta clase de estudios.

Por mucho que se quiera dar al carácter privativo de las alegres patacillas denominadas *pasos* la importancia de constituir un género dramático especial, será difícil, aun á la crítica más sutil y aguda, señalar razonable y perspicuamente los puntos esenciales en que difiera de la forma peculiar é índole propia de otros regocijados divertimientos escénicos que llevan nombre de *entremeses*. Aplicábanse indistintamente ambas denominaciones desde los primitivos orígenes del teatro español, así á los chistosos desahogos de la musa cómica dirigidos á entretener y hacer reír á los espectadores breves momentos, como á las brillantes calagatas, vistosas cuadrillas y otras diversiones aparatosas de genio teatral y sentido alegórico, dispuestas para recreo de áulicos y magnates en sus palacios y castillos, ó para solemnizar faustos acontecimientos en calles y plazas públicas. Si andando los tiempos cobra el *entremés* alguna mayor autoridad que el *paso*, ya por acercarse más á lo que debe ser la fábula escénica, ya por su declarada intención satírica contra los vicios y malas costumbres, realizada por ingenios tan peregrinos como Cervantes, Guillén de Castro, Quevedo, Lope de Vega, Tirso, Alarcón, Moreto, Calderon, y el festivo y saladísimo Quiñones de Benavente, suma y compendio de las gracias entremesiles, no se ha de presumir por ello que antes hubiese entre el *paso* y el *entremés* ni esas leves diferencias. ¿Cuál hallará el mas lince, si compara el dialogo del *Procurador* y el *Litigante* que Sebastian de Horozco introduce en una de sus *representaciones* místicas, ó el que hizo á *vuego de una monja*, calificados ambos de *entremeses* por el autor, con cualquier *paso* de sus contemporáneos Lope de Rueda y Timoneda? ¿Quién desconocerá que pertenecen todos á una misma familia?

La cual, de mucha importancia literaria en aquella época, porque aplicaba con cierta espontaneidad la imitación de los cómicos latinos á la pintura de costumbres populares genuinamente españolas (bien que exagerando las necesidades y ridiculeces del vulgo hasta rayar en los confines de la caricatura y traspasarlos con frecuencia), es hoy de gran curiosidad é interés como expresivo documento histórico.

Pero volvamos á los divertidos *pasos* anónimos del *Registro de Representantes*.

El primero, segun lo describe Moratin, se reduce á lo siguiente: "La escena es en Valencia. Coladilla, sabiendo que va á venir una mujer de Ruzafa á consultar á su amo el médico sobre una dolencia que padece su madre, persuade á Monserrate su compañero á que se vista las ropas del doctor que aún está durmiendo y finja ser el mismo, á fin de recibir dos reales y un bollo, que sabe que traerá la mujer: viene ésta, y Monserrate sentado, y Coladilla detrás que le va dictando lo que ha de decir, le preguntan sobre la enfermedad de su madre, y Monserrate le prescribe los remedios, equivocando con dis-

parates cuanto Coladilla le dice al oído. La mujer da los dos reales y el bollo, y Monserrate la hace llevar una redoma de bebida blanca que estaba debajo de la cama de la médica, encargándole que se la haga beber á la enferma: se va la mujer, viene el doctor Valverde, y hallando á Monserrate vestido con sus ropas se enfada y riñe: vuelve la mujer, acompañada de un alguacil, lamentándose de que por haber dada á su madre un poco de lo que contenia la redoma acaba de espirar. La supuesta bebida era una disolucion de soliman con que se lavaba la médica; el alguacil se lleva á la cárcel á los criados del doctor y al doctor con ellos." Tal es la puntual relacion que hace de esta jocosa obrilla el árcade Inarco Celenio.

Para que puedan apreciarse en tal cuadro los toques del mismo pintor y su franqueza de pincel, trasladaré aquí algunos trozos de dialogo, copiados exactamente del único ejemplar conocido. Hablan *Coladilla*, paje, y *Monserrate*, simple.

*Coladilla.* Aguja, aguja, hermano Monserrate, que si hoy nos sabemos valer, tenemos un buen lance entre manos.

*Monserrate.* Por tu vida, ¿y qué lance?

*Coladilla.* Que si tienes buena habilidad...

*Monserrate.* ¿Qué es babelidad?

*Coladilla.* Que si tú me sabes responder á lo que yo te iré preguntando, tenemos hoy alertos dos reales y un bollo mantecada.

*Monserrate.* ¿Bollo mantecada?

*Coladilla.* Sí, bollo mantecada.

*Monserrate.* ¿Por el siglo de tu madre?

*Coladilla.* Y an por la tuya.

*Monserrate.* ¿Cómo, de qué manera?

*Coladilla.* Desta: que yo, sin tener letras ningunas, me obligo á graduarme de médico.

*Monserrate.* De médico querrás decir.

*Coladilla.* Sí, hermano,

*Monserrate.* ¿Y qué, me quedaré hecho médico para todos los días de mi vida?

*Coladilla.* Y an despues de la muerte.

*Monserrate.* Diabólico eres. Veámos de qué suerte.

*Coladilla.* Tú has de saber que como nostramo es médico, tengo entendido que ha de venir hoy una mujer de Ruzafa que tiene su madre mala.

*Monserrate.* ¿De dónde?

*Coladilla.* De Ruzafa.

*Monserrate.* Esa te repulgo.

*Coladilla.* De Ruzafa.

*Monserrate.* Tu madre es esa, sobre tí s'ensuelva, ¿Échame pullas?

*Coladilla.* ¿Fullero está el tiempo! Que no, sino qu'es de Ruzafa.

*Monserrate.* ¿De Ruzafa! ¿De Ruzafa! ¡Oh, qué bellísimo nombre de lugar!

*Coladilla.* De Ruzafa, qu'es un lugar de aquí cerca, y como tiene su madre mala...

*Monserrate.* ¿Quién, el lugar?

*Coladilla.* ¡Válate Dios! Que no, sino la mujer.

*Monserrate.* De manera que dices que Ruzafa no tiene madre, sino que la mujer es hija de Ruzafa, y la hija que está mala ha de traer el bollo mantecada.

*Coladilla.* Que no, sino qu'en Ruzafa está una mujer mala, y ha de venir su hija á traer dos reales y el bollo mantecada para entramos.

*Monserrate.* Vaya, sea como fuere, venga el bollo mantecada.

*Coladilla.* Por eso cuando viniere no le preguntes sin tomar mi consejo.

*Monserrate.* No hayas miedo.

*Coladilla.* Porque yo haré que te rijas por el curso de medicina.

*Monserrate.* Bien dices, íremos por el curso de medicina. No cumpre más; desta vez quedaré draguado de tu mano; y si ello es así, y viene en efecto, pardias que m'he d'ir merdiendo de casa en casa, ganando reales y bollos mantecadas.

*Coladilla.* Pues aguarda, sacaré las ropas de levantar y boneta de señor.

*Monserrate.* Anda, ¿qué esperas? Pardiez qu'este mocho es diabólico, y si me draguá de médico, ¡toma! desta vez queda honrado todo mi linaje.

*Coladilla.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Monserrate.* Vístase *Monserrate* las ropas del *Doctor* su amo, y á poco llega la *Mujer* de los dos reales y el bollo. Así discurren:

*Muger.* ¿Quién está en su casa?  
*Coladilla.* Ya viene.  
*Monserrate.* Mira si es ella, y acuérdate del bollo mantecada.  
*Muger.* ¿Está en casa el señor Doctor?  
*Coladilla.* A ti pide.  
*Monserrate.* Yo soy médico.  
*Coladilla.* No hace al caso, que doctor y médico todo s'es uno.  
*Monserrate.* Todo sea uno.  
*Muger.* ¿Está en casa el señor?  
*Monserrate.* Dile que sí.  
*Coladilla.* En casa está.  
*Monserrate.* En casa está, Dile que quiere.  
*Coladilla.* ¿Qué queréis, buena muger?  
*Monserrate.* Dile que entre.  
*Coladilla.* Entrá, buena muger.  
*Muger.* Beso las manos de vuestra merced.  
*Monserrate.* ¡Merced me llama! En todos los días de mi vida me han llamado *merced* sino agora. Bueno es ser médico.  
*Coladilla.* Dí que se llegue.  
*Monserrate.* Llegaos acá.—El bollo mantecada, Coladilla, no se te olvide.  
*Coladilla.* Bien está.  
*Muger.* Beso sus manos.  
*Monserrate.* Helas ahí.—¿Pues cómo no me las besa, Coladilla?  
*Coladilla.* Calla, que aquello es por vía de buena crianza.  
*Monserrate.* ¿Qué le diré?  
*Coladilla.* Dile: vengais en hora buena, muger.  
*Monserrate.* Plegue á Dios que lo sepa decir y no me ria. ¡Toma, ya me rio! Ha, ha, no vengais, si vengais... ha, ha...  
*Coladilla.* Dí si has de acabar, que pensará que bur-lamos della.  
*Monserrate.* Calla, que agora se lo echo de golpe. Vengais en buen hora muger de pro.  
*Muger.* Dios le dé salud.  
*Monserrate.* Igual sería el bollo.  
*Coladilla.* Dile: ¿qué tal está su madre?  
*Monserrate.* ¿Cómo está vuestra madre?  
*Muger.* Señor, mala.  
*Monserrate.* Pues esté buena.  
*Muger.* No está sino mala.  
*Monserrate.* ¡Yo quiero qu'esté buena! ¿Qué quiere decir: *está mala, está mala*? Ella ha d'estar buena, aunque le pese! Mirá, cuando el médico dice qu'está buena la muger, ha de estar buena; y sinó tomar un garrotazo, y, chipite y chápeta, dalle hasta qu'esté buena..

En esta pieza, que debe ser obra de algun ingenio valenciano, hay pasajes más chistosos que los anteriores; pero como son menos limpios, no me ha parecido conveniente transcribirlos en este lugar.

(Se continuará.)

MANUEL CASERE.

### ANACREÓNTICA REALISTA.

Juan, tus anacreónticas  
 Recibí y he leído,  
 Y ya que saber quieres  
 Lo que de ellas opino,  
 Te lo diré aunque sea  
 Con vulgarote estilo.  
 ¡Válgame Dios del cielo,  
 Cuánto, cuánto he sentido  
 Que sigas con tu picara  
 Aficióncilla al vino!  
 ¡Y dale con Liéo,  
 Dale con los racimos,  
 Dale con Baco y dale  
 Con el licor divino!  
 Porque haya habido en Grecia  
 Un poetilla chispo  
 Que no encontró en la humana  
 Creación nada digno  
 Del canto del poeta  
 Más que el jarro de vino,  
 ¡Los poetas decentes  
 Hemos de hacer lo mismo?  
 Ya le tienen á uno  
 Taladrado el oído  
 Los vates grecizantes  
 Con su eterno estribillo

De que Cupido y Baco  
 Son hermanos mellizos.  
 Amor, ¿por qué no rompes  
 Su lira en los hocicos  
 Á esos embusterazos  
 Que tu fé de bautismo  
 En mantel de taberna  
 Convierten hace siglos?  
 Tú ni tu madre nunca  
 Peras habeis partido  
 Sino á regañadiente  
 Ó á corre que te pillo  
 Con gente asiforrada  
 De jugo de racimo.  
 Yo respeto á Velazquez  
 Y su pincel admiro,  
 Pero, Juan, me estomaga  
 El atajo de pillos  
 Que retrató Velazquez  
 Hechos cubas de vino,  
 Y descubrir no puedo  
 Con todo mi optimismo  
 Chispa de poesía  
 Dentro de aquellos chispas.  
 ¿Qué poesía cabe,  
 Ni qué astro, ni qué niño  
 Muerto, en el padre Baco,  
 Gordo como un tocino  
 Y en un tonel haciendo  
 El arte, caballito,  
 Que en lengua estropajosa  
 Razona á lo borrico,  
 Dice mil suciedades  
 Y anuncia, el muy cochino,  
 Que por aquella boca  
 Va á echar el revoltijo  
 De vinazo y sardinas  
 Que há poco se ha engullido?  
 Te digo, Juan, con toda  
 La verdad con que digo  
 Las cosas, aun á riesgo  
 De que mordaces críticos  
 Digan que la poesía  
 Saco de los bolsillos,  
 Te digo y te aseguro  
 Que si yo de improviso  
 Me volviera la chica  
 Más guapa que se ha visto,  
 En lugar de comerme  
 Á besos á mí mismo  
 Ó entregarme á algun otro,  
 Placer aun ménos heito,  
 Lo primero que haria  
 Es anunciar:—«No admito  
 Galan que se embriague  
 Más que del amor mio,  
 Ni consiento tampoco  
 Que cante mis hechizos  
 Poeta que ande siempre  
 Con la botella al cinto.»

### II.

Dirás que desde que ando  
 Por los valles nativos,  
 Siempre de monte en monte,  
 Siempre de risco en risco  
 Y siempre hablando en lengua  
 Que para tí está en gringo,  
 Eché con mil demonios  
 El genio inofensivo,  
 Y tolerante y blando,  
 Y candoroso y tímido  
 Que en esas pelambreras  
 De Luche y San Isidro  
 Me inspiró muchas veces  
 Apacibles idilios;  
 Dirás lo que tú quieras,  
 Pero es lo positivo  
 Que si el poeta griego  
 Por cantar desatinos  
 Merece ir á la cárcel  
 Ó afajar el bolsillo,  
 El mono que le imita  
 Merece ir á presidio.  
 Juan, hablemos en plata:  
 Yo nunca me he tenido  
 Por abstemio ó aguado,  
 Que viene á ser lo mismo,  
 Pues he gustado siempre  
 De dos ó tres traguillos

Durante la comida,  
 Que abren el apetito  
 Y alegran y confortan  
 Y son buen digestivo.  
 Más te diré: comiendo  
 Con familia ó amigos  
 En estos verdes campos  
 Donde dichoso vivo  
 Y el apetito escitan  
 Corazones tranquilos,  
 Caras amigas siempre,  
 Pechos siempre expansivos  
 Y flores y arboledas  
 Y mansos cefrillos,  
 Empino el vaso como  
 Todo hijo de vecino,  
 Y hasta si viene al caso,  
 Al influjo benigno  
 Del inocente y puro  
 Somorrostrano líquido,  
 Y al compás bullicioso  
 Del tamboril y el silbo,  
 Echo unas cuantas coplas  
 De padre y señor mio,  
 Y en el florido césped  
 Doy unos cuantos brincos  
 Con las muchachas rubias  
 Que hay por aquí á porrillo.  
 Quiero decir con esto,  
 Que si iracundo trino  
 Contra el poeta que anda  
 Con la botella al cinto,  
 No es que aborrezca la uva  
 Ni que aborrezca el vino.  
 Un racimito bueno  
 De moscatel ó albillo  
 Merece que el poeta  
 Le entone un cantarcito,  
 Y tambien lo merecen  
 El dorado y el tinto -  
 Que fluyen en las márgenes  
 De Cadagüa y Galindo,  
 Y Somorrostro y Nerva,  
 Que son mi paraíso;  
 Pero entre cantar esto  
 Y estar como un mosquito  
 Zumba que zumba siempre:  
 «Dame otra copa, chico,  
 Que me he de achispar hasta  
 Que llame de tú á Cristo  
 Y á Baco de vucencia»,  
 Hay un profundo abismo.  
 Francamente, está feo  
 Y es altamente indigno  
 Que los de un gremio angusto  
 Que Dios solamente hizo  
 Para cantar lo grande,  
 Andemos por ahí chispas.

ANTONIO DE TRUEBA.

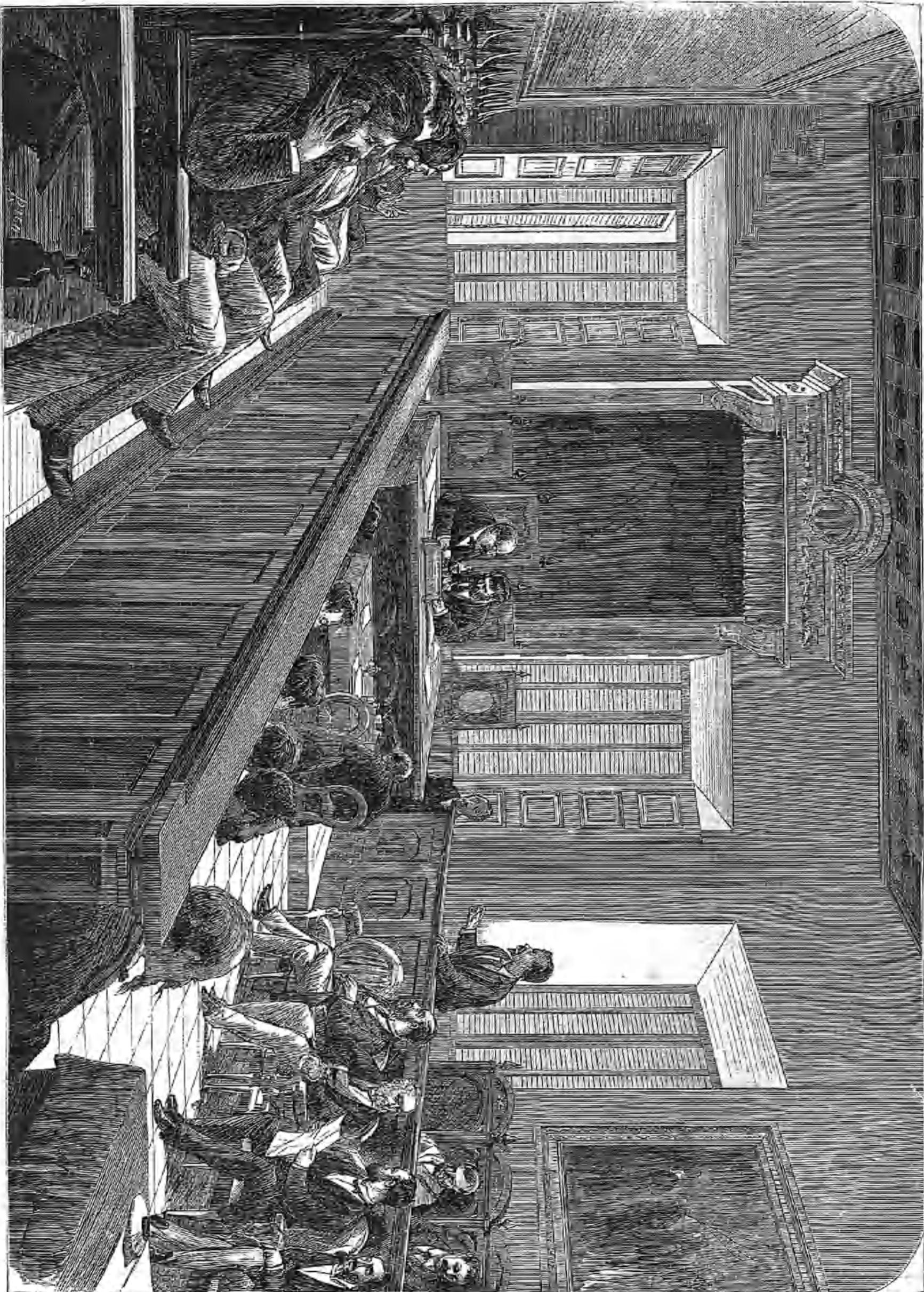
Bilbao.

### EL TUNEL DEL MONT-CENIS.

En uno de los próximos días del mes se verificará la inauguración solemne de esa obra maravillosa que por el sola bastaría á honrar á nuestro siglo. El estado de postoración de la Francia impide que á estas horas y en todos tonos se haya pregonado por el mundo en anuncios, invitaciones, revistas y descripciones la noticia de la celebración próxima de tan admirable suceso; pero sin embargo, para los hombres ilustrados de Europa y América la invitación está hecha y la noticia está dada desde que los trabajos empezaron, porque paso á paso habrán seguido, sin perder uno sólo, los detalles de la construcción; y el día que la empresa constructora anunció como definitivo para abrir el servicio al través de la inmensa cadena de montañas, será para ellos un verdadero día de fiesta del trabajo, en el que la laboriosidad y el genio brindarán unidos por el progreso humano.

En las hojas de mis cuadernos de viajes tengo detalladas algunas descripciones de esa obra colosal, que la casualidad me hizo visitar hace ya algunos meses.

Un individuo de mi familia, entusiasmado con las ideas que llevó la legión española que peleó en las cercanías de Dijon contra los alemanes, se incorporó á ella, sufriendo, como es consiguiente, las penalidades y las derrotas de la tremenda lucha; y cuando sin amparo y sin dinero se encontró perdido entre miles de soldados



DIPUTACION PROVINCIAL DE BARCELONA.



EXCMO. SEÑOR DUQUE DE LA VICTORIA.

en las aldeas de la hospitalaria Suiza, hubo de ir á volar seguro á su casa, y á satisfacer la incitante curiosidad que me impulsaba sin cesar á hacer una visita al teatro de la guerra.

El 30 de diciembre de 1870 llegué en compañía de un ilustrado amigo, el doctor Nedera, médico de Anancy, á esta bellísima población, situada á orillas del lago de su nombre, patria del ilustre Francisco de Sales y olvidado rincón de Europa donde el gran novelista Eugenio Sue pasó sus últimos años y murió (1857). El aspecto del país en esta parte de los Alpes, hoy francesa, me recordaba sin cesar á la pintoresca provincia de Guipúzcoa. La gigante silueta de los picos nevados ocupa el fondo del cuadro, que en su parte inferior tiene un verdadero laberinto, una extensión inmensa de valles y más valles, y elevaciones y gargantas que avanzan muchas leguas en el territorio saboyano. En las ondulaciones bajas hay gran número de aldeas y caseríos, pero á pocos metros más arriba reina la soledad más triste; largos bosques de un verdor oscuro salpicados á trechos por rampas nevadas; desnudas vertientes con algunos helechos y plantas enanas, y enormes tajos de rocas que confunden su blancura con la de los helados páramos que sostienen, eso es lo que allí se ve. Parece que más allá de aquella soledad no hay nada, parece que aquella colosal harrera es el muro que separa este mundo de alguna región desconocida, y sin embargo, al través de los bosques, por el borde de los abismos, entre las avalanchas y los torrentes, al través de los hieles, hay veinte caminos distintos que conducen de Francia á otro cielo más puro, más risueño, á otro mundo más espiritual, más poético, á otra tierra más lozana y más florida: á Italia.

Por esos caminos han pasado cientos de generaciones; héroes, reyes y soldados, ejércitos y peregrinos, cuyo nombre y cuya historia sabe todo el mundo.

El genio de nuestro siglo, que tendió por la superficie de la tierra esas redes de hierro que constituyen cadenas de unión y de fraternidad entre los pueblos pacíficos y trabajadores, halló al llegar á los Alpes un obstáculo que para los siglos pasados hubiera sido invencible. El problema general que salía al encuentro de los ingenieros comprendía gran número de problemas, nuevos todos en el concepto de la mecánica y de la física, pero el mundo entero lo ve hoy: la ciencia y la constancia han resuelto todas las dificultades.

El gigante de los Alpes está vencido; Aníbal y Napoleón se contentaron con subir á su cabeza y volver á bajar; Sommeillier, el malogrado cuanto ilustre ingeniero italiano, le ha atravesado el corazón con una doble vía de hierro.

Antes de llegar á Modana, recorriendo aquellos magníficos caminos antiguos, contemplamos en la garganta de Ansoix, en la cresta de una roca que se levanta erguida 1.324 metros sobre el nivel del mar, el fuerte de Esillon, construido ó reparado en 1830, y que es como un contino avanzado que domina aquel angosto paso. En tal soledad y en tan agreste sitio está empinado de tal suerte que al verlo recordé sin querer la fábrica de Orbaiceta, en los Pirineos navarros, donde una escasa población, á la vez obrera y militar, vive gran parte del año en compañía de las nieves y de los lobos, y en la que hace ya algunos años pasé agradables horas al ir á visitar la cuna de Pedro Navarro y la tumba de D. Sancho el de las Navas, que duerme el sueño eterno en la silenciosa abadía de Roncesvalles.

Mi amigo quiso rendir un tributo de admiración á la memoria del ilustre médico Foderé, hijo de la bonita población llamada San Juan de Mauriena, que tiene ella su estatua y que, según me indicó mi acompañante, fué el primero que escribió un tratado de *Medicina legal*. Visitamos la población, vimos la estatua y la casa del sabio profesor, y al día siguiente tomamos el camino del valle del Arco donde empieza el túnel del Mont-Cenis.

Nuestro carruaje corría por medio de un camino abierto entre la nieve y en pos de algunos otros vehículos que conducían gentes á uno de los mercados inmediatos. La vía férrea del Mont-Cenis continuaba aún en servicio, gracias al sistema de locomotoras Fell que con pequeña velocidad y no sin continuo riesgo suben aquellas interminables rampas, cruzan los mil cortes y desfiladeros de las rocas, escalan la cima y vuelven á bajar por su propio peso hasta los profundos valles de donde parten.

Á Modana, desconocido y olvidado pueblo hasta hace diez ó doce años, le ha sucedido lo que á muchas ciudades y aldeas á las que el movimiento industrial de nuestro siglo ha hecho cambiar de modo de ser. El conjunto de habitaciones, de dependencias y de talleres que hay cerca del casco de la población constituye un verdadero

pueblo, tan activo, tan bullicioso y tan nombrado hoy, como inerte, pacífico y olvidado era el antiguo vecindario.

Modana, colocado en un pliegue de los mil y mil que forman las estribaciones de los Alpes saboyanos, está á 1.300 metros sobre el nivel del mar. Encuéntranse ámbos de llegar á la boca del túnel muchos edificios provisionales puestos á entrambos lados de la vía, y detrás de los cuales se ven, terraplenando una larga extensión, los restos de los arranques que han salido del seno de las montañas y que aún continúan sacando los numerosos wagones que asoman constantemente por la vía de salida.

Á los dos lados de la entrada del túnel se ven colosales construcciones. Son las grandes máquinas hidráulicas que sirven para introducir y para extraer el aire, gracias á cuyo mecanismo ha sido posible llevar á cabo la obra: son las dos máquinas neumáticas más poderosas que han funcionado jamás.

Si se le hubiera ocurrido decir á alguno que el aire había de ser el motor que barrenara los Alpes, hubiéranle tildado de visionario, y sin embargo, nada más cierto. El vapor no ha tomado parte alguna en la perforación. Los barrenos y taladros perforadores que la inteligencia ha fijado en los infinitos puntos de la roca, han penetrado en ella impulsados por el aire.

El aire que ha mantenido la fuerza motora ha entretenido constantemente también la vida de los trabajadores.

El problema de la construcción presentaba una gran dificultad que á su vez entrañaba, como hemos dicho, otras muchas dificultades. Se trataba de perforar un conjunto de rocas de 12.260 metros de longitud, á la profundidad de 1.600 á 1.800 metros. ¿Podía seguirse, para verificarlo, el método ordinario de la construcción de túneles, que consiste en cortar la extensión longitudinal del trazado con pozos verticales por los que á la vez se continúan los trabajos y sirven también para la ventilación del trayecto una vez concluido? Dificilísimo, casi imposible, dada la profundidad que acabamos de indicar.

¿Cómo se remediaría el grave y natural inconveniente de mantener la pureza del aire en tan larga extensión, viciado por la respiración de trescientas personas y de cincuenta caballos, por la alimentación de algunos cientos de lámparas y por la combustión de tantos quintales de pólvora como se necesitarían para hacer saltar las rocas?

Si no podía emplearse la pólvora, ¿cómo y en cuánto tiempo se podrían arrancar tantos miles de toneladas de rocas de cuarzo y de esquistos calcáreos?

Jamás el arte de las grandes construcciones había tropezado con un problema semejante.

Pero al lado de los grandes problemas ha tenido nuestro siglo las inteligencias privilegiadas; al lado del proyecto colosal descoló un hombre grande cuyo nombre se repitió en Italia desde la casa del obrero hasta en el seno del Congreso de los diputados: SOMMEILLIER.

Este distinguido ingeniero italiano pidió á los Alpes el recurso único para perforarlos: sus grandes caídas de agua. Con ellas haría comprimir el aire en grandes depósitos, y el aire comprimido obedecería á la mano del hombre lo mismo que el vapor, y resolvería por sí solo todas las dificultades del problema.

Sommeillier, que tuvo tantos enemigos y envidiosos como tienen todos los grandes hombres, que sufrió tantas amarguras como todos los genios, estaba dotado de una constancia y una laboriosidad dignas de su talento, y Caveur, el ilustre Carour, el hombre de la Italia moderna, ayudó á su talento, á su laboriosidad y á su constancia, tomándole bajo su amparo, y el proyecto del sabio se plantó y la obra quedó hecha.

Mientras la humanidad se sepulta en las entrañas del Mont-Cenis, es decir, por los siglos de los siglos, esas máquinas hidráulicas, esos monumentos pregonarán el nombre ilustre del sabio ingeniero; allí están á la entrada de la colosal galería.

Grandes calderas en comunicación con el receptor de la caída de agua situado á 50 metros sobre ellas, contienen en su parte superior una gran cantidad de aire. La presión que éste sufre es, como se sabe, proporcional á esa altura, y como que cada diez metros de agua equivalen á la presión de una atmósfera, son cinco atmósferas de presión las que aquí tiene el aire, que representan un peso 50.000 kilogramos por metro cuadrado. Tal es la fuerza manuable, décil, continua, que el gran Sommeillier puso á disposición de los obreros para que impulsara los barrenos, para que sostuviera su respiración y su vida á la profundidad longitudinal de 6.000 metros; para que mantuviese la luz en tales oscuridades y para que limpiase rápidamente aquella viciada atmósfera.

El aire comprimido que las calderas contienen va por grandes tubos de fundición todo á lo largo del túnel hasta el wagon que sostiene los aparatos perforadores y los obreros encargados de dirigirlos.

En Modana se hizo una gran rampa inclinada á modo de escalinata para descender hasta la entrada del túnel, rampa que tomando una extensión más grande ha quedado perfectamente disimulada y sobre la cual están tendidos los rails.

Desde el wagon en que íbamos pudimos contemplar perfectamente cuanto nos rodeaba. La anchura del túnel es de siete metros y está distribuida en el suelo del modo siguiente: dos vías férreas ordinarias con bordes de 70 á 80 centímetros de anchura, y en el espacio que queda entre ellas los dos grandes tubos de inyección y aspiración del aire, de unos 80 centímetros de diámetro cada uno.

Los 1.400 metros de entrada se perforaron por los procedimientos ordinarios, y tanto esta extensión como gran parte del resto de la obra están perfectamente revestidas de sillería. En las lustrosas y alineadas filas de las paredes se han fijado los aisladores del telégrafo eléctrico y los sostenes de donde penden las grandes lámparas que alumbran el trayecto. En nuestra marcha encontramos en la vía inmediata los convoyes de obreros que se retiraban del trabajo y largas filas de carros cargados de piedra.

Nada más fantástico que aquella pasada marcha que dura minutos y minutos y cuartos de hora, hecha al resplandor de múltiples mecheros y entre el monótono traqueteo de los wagones que turban el imponente silencio que allí reina. Muy pronto se comprende que aquel túnel no se parece á ningún otro. En los largos trayectos de Oazarza, en Guipúzcoa, de Giovi en el ferrocarril de Turin á Génova, de Blaisy en el de París á Lyon y de otros varios que miden algunos kilómetros, parece que queda la esperanza de salir pronto de los tenebrosos antros, ya que al fin de algunos minutos tiene nuestra vista el resplandor lejano del día; pero en las entrañas del Mont-Cenis se sabe, se anda y se cansa el ánimo de ver la luz de las lámparas, y se conturba el viajero y casi se arrepiente de haberse atrevido á sepultarse en aquella galería sin fin.

Después de un largo rato de marcha oímos el rumor de un coro lejano. En aquellas profundidades cantaban.

Cuando nos acercamos más al canto cesó: eran los canteros y albañiles que revestían las paredes y la bóveda del túnel.

Muy pronto los dejamos atrás, y algún tiempo después nuestro convoy hizo alto.

— ¡Habíamos llegado!

— No, es que van á saltar las minas, me dijo uno de los obreros que venían con nosotros.

Efectivamente, pasados algunos segundos oímos un estruendo semejante al de una ligera descarga granada, cuya intensidad creció por momentos á modo de un largo trueno, haciendo retumbar la roca cuando pasó por encima de nosotros. Poco tiempo después una nube de humo que caminaba animada de gran velocidad cruzó mientras nos poníamos en marcha.

Yo sentí durante todo este tiempo un terror instintivo que procuró desvanecer mi amigo el doctor con satíricas y alegres ocurrencias. Los obreros, que venían sentados y fumando con patriarcal gravedad, se reían con toda su alma al escucharla.

Estábamos á unos 500 metros de las obras.

Cuando llegamos y descendimos del wagon, los obreros se repartieron por varios puntos, y otro convoy que estaba esperando nuestro arribo partió por la vía lateral. Yo restregué mis ojos para ver bien. Aquello tenía mucho que admirar; quería verlo todo á un tiempo y nada veía.

El frente de los trabajos, situados á algunos metros más allá de nosotros, tenía dos pisos; y en toda la extensión que nos separaba, el amontonamiento de las piedras y el curso de las labores habían hecho una verdadera escalinata en la que se apoyaban los rails que sostenían los wagones del trabajo.

El ruido de los barrenos, que hendían la roca cien veces seguidas en pocos segundos, era irresistible. Cada carro de trabajo tenía diez barrenos que en un cuarto de día taladraban cien agujeros de cuarenta centímetros de profundidad en una extensión proporcionada.

Adelanté con cuidado y con el permiso de uno de los ingenieros hasta situarme cerca de los obreros que estaban en la labor.

El obrero á quien me acerqué, ni siquiera reparó en mí; tenía ambas manos en los tubos de *coarctación* que conducen el aire comprimido desde el tubo general hasta el émbolo que mueve el taladro y miraba con doctoral formalidad la marcha de todo el aparato. Comp-

niase este de un sosten de madera apoyado entre las rocas, en cuyo interior había una gran cremallera y en cuyo tercio superior se veía una larga caja prismática hueca, ligeramente inclinada, que contenía en su parte posterior y cerca del obrero el cilindro con su émbolo impulsante adonde llegaba el aire comprimido. El salto del émbolo imprimía un movimiento á un engranaje de tres ruedas, que hacían girar con gran velocidad, al mismo tiempo que con un movimiento de vaiven, el taladro que iba á herir la roca. La máquina hendía y avanzaba y el obrero á su placer la hacía retroceder con facilidad de cuando en cuando.

¡Admirable poder del genio! ¡Incomparable fuerza de la ciencia! El aire que comprime las paredes de aquel duro mecanismo de hierro era manejado por un simple obrero, como el maquinista maneja el vapor, como el granele maneja el alazan brioso, como el niño maneja sus dedos.

El aire y el agua de los Alpes, los que juntos cubren sus cimas de eternos hielos; los que juntos forman sus horribles ventisqueros y sus tremendas avalanchas; los que riegan, fertilizan y dan vida y color á aquellos pintorescos valles; los que opusieron su potencia y sus rigores á los hombres de todos los siglos, cuando trataron de franquear aquella colossal barrera; el agua y el aire de los Alpes han hecho traición á sus seculares compañeras las rocas, y se han entregado al hombre y se han medido en el corazón de la sierra para llevar desde Saboya al Piemonte el canto de triunfo de la civilización y del progreso.

Todo está previsto en esta obra maravillosa.

El calor que desarrollan los taladros al perforar la roca se enfría por un dardo de agua que llega desde el aparato mismo hasta el agujero; este agua barre los pedruzcos de piedra mientras enfria, y cuando todo el orificio está concluido, un soplo de aire seca el agua para que entre al cartucho que hará saltar la roca.

El aire en cuanto emplea su fuerza útil en perforar se escapa del aparato y purifica la atmósfera y enfria el ambiente, y alimenta la combustión de las lámparas y la que la explosión de la pólvora produce.

Cuando todos los orificios están cargados, se da fuego á la pólvora, y los obreros que se han alejado á doscientos metros dejando delante de sí, á bastante distancia, los wagones del trabajo con todos los tubos del aire abiertos, oyen impasibles el horroroso estruendo de tres ó cuatro descargas repetidas que conmueven toda la montaña. La densa nube de humo que llena una extensión de más de ciento cincuenta metros es arrastrada velozmente, y el aire viciado y caliente se marcha también. ¿Quién lo arrastra? ¿Qué maravilloso genio expulsa esa gran cantidad de gases hasta la boca del túnel, á la distancia de tres, cuatro ó seis kilómetros?

El genio de Sommeillier; su máquina aspirante, situada, como hemos dicho, á la entrada del túnel. Una gran caída de agua imprime por la presión un movimiento de ascenso y de descenso á una enorme campana que produce el vacío en una capacidad á la que está unido el tubo de aspiración. El vacío ó enrarecimiento obtenido produce á su vez la absorción de todo el aire viciado, en tal cantidad, que en dos minutos arroja el aparato cerca de 100.000 metros cúbicos de gases.

No pudimos detenernos á esperar á que estuviesen cargadas todas las minas.

Nos despedimos de aquellos laboriosos é inteligentes jefes y operarios que allí encontramos y tomamos la vuelta del túnel.

Habíamos hecho nuestra visita en mangas de camisa, porque el calor que en gran parte del trayecto y en las obras se siente es como el de un día hermoso de mayo, y nuestra operación final al aproximarnos á la salida fué la de rebazarnos perfectamente en nuestros abrigos. Cuando salimos nevaba copiosamente. El termómetro de la estación telegráfica marcaba 0°.

Mi compañero se empeñó en que nos quedáramos á la solemne obra de la unión de los dos trozos de túnel, el de Bardoneche y el de Modana, que debía verificarse pocos días después, pero no pude complacerle. Él asistió, y de una correspondencia suya que recibí á principios de enero conservo algunos detalles de tan grande acontecimiento.

La unión de las dos vías tuvo lugar el 25 de diciembre y fué una fiesta exclusivamente italiana. Francia estaba demasiado preocupada con sus terribles catástrofes. Los convidados se reunieron en Bardoneche, en el lado de Italia, en el valle de Melcet, no precisamente al pie del Mont-Cenis, sino en un barranco lateral donde empieza el túnel á 1.300 metros sobre el nivel del mar.

Sopera á este sitio del Mont-Cenis el valle de Ariendas. El comandante Grattoni por Italia y el prefecto de la Alta-Saboya por Francia, presidieron la fiesta.

Saltó la mina final y entre los hurros y las aclamaciones de los asistentes Grattoni, pasó el primero de una á otra vía.

El milagro estaba hecho.

Durante dos días, en nuestro trayecto á Annecy y á Chambery, estuve departiendo largamente con mi amigo acerca de la obra colosal cuya contemplación me impresionó fuertemente.

La Alemania acababa de derrotar á la Francia y los filósofos de aquellos días habían proclamado ex-cátedra la abyección y la ruina de la raza latina. ¿Causaban lástima sus petulantes elucubraciones?

Yo, en el seno del Mont-Cenis, en presencia de aquella maravilla llevada á cabo por el poder inteligente de nuestra raza, me preguntaba cuál estaba más potente ó más en ruina, si la nación que con su prudencia guerrera y con su fuerza militar había aniquilado á otra nación guerrera y vanidosa, sin tener más títulos para su elevación política y social, ó la nación ó la raza que sabía perforar el Mont-Cenis y romper el Istmo de Suez, y por qué había de concederse mayor perfeccionamiento de inteligencia y de moralidad al pueblo armado que sujeto bajo un puño de hierro á toda la Alemania, que á su vez unida invade y desliza á la Francia, que á los pueblos latinos que obran sus grandes revoluciones, que llevan á cabo esas grandes obras y que ni científica ni literariamente están á menor altura que la raza sajona.

Y cavilando sobre el triunfo de los ingenieros franceses é italianos, traía á mi memoria sin querer el triunfo obtenido en esta grande empresa por los geólogos de ambas naciones.

Sismonda y Beaumont habían predicho que el curso de las obras, y en la dirección de Modana á Bardoneche, la composición geológica de las rocas daría:

Una formación de esquistos carbonosos con antracita, principalmente en una extensión de kilómetro y medio á dos kilómetros; otra de cuarcita dura, de medio kilómetro; otra de calcáreo macizo con componente de anhidritas y dolomias, y finalmente, otra de esquistos calcáreos.

Los resultados han demostrado la exactitud de estos anuncios.

El resumen de las rocas perforadas da: 1.900 metros próximamente de esquistos con antracita; cerca de 300 metros de cuarcitas; casi igual extensión de calcáreos comunes; y resto hasta 7.000 ó 8.000 metros de esquistos calcáreos talcosos.

El gasto del túnel oscila entre cincuenta á cincuenta y cuatro millones de pesetas, que proporcionalmente representa, por metro, un coste mucho mayor que el de los túneles ordinarios, en los que, según que los terrenos que se hayan de perforar, si son duros en roca sin necesidad de revestimiento, el coste es de 1.000 pesetas por metro; si han de revestirse de albanilería, 1.300 á 1.500 pesetas, y si son terrosos, blandos, que necesitan toda clase de refuerzo en paredes y pozos, 1.800 á 2.500 pesetas.

El camino de la hermosa Italia ha quedado espedito y fácil, y el algún obstáculo separaba á los tres grandes pueblos de nuestra raza, el obstáculo ha desaparecido.

Madrid y París están ya á un paso de Roma.

Dios ha decretado que sea en nuestro siglo, en el incomparable siglo de las grandes empresas, cuando desaparezca esa inexpugnable barrera que parecía llamada á dividir para siempre á los hijos del antiguo imperio de los Césares.

¡Ojalá que, como han pasado por los Alpes, escalando sus helados puertos, tantas legiones de guerreros impulsados por el furor de la discordia, pasen sólo por la grandiosa galería que la ciencia ha abierto en su seno, legiones de razas pacíficas y de generaciones trabajadoras, cuya única arma sea el libro y cuyo único espíritu sea el de la concordia de la Europa entera!

De todos modos, de hoy más los Alpes saboyanos serán un monumento de gloria que pregone el poder de nuestra raza y de nuestro siglo, y en el que las gentes de todos los tiempos leerán los nombres de Sommeillier, Colladon, Grandi, Boni y Cavour, como en la estela luminosa que brilla en las aguas de Port-Said á Suez se leen los de Lesseps, Borel y Lavalley, y como en los inmensos horizontes del Atlántico, bajo cuyas bondades lleva el cable eléctrico el murmullo de uno á otro mundo, se leen los de Cyrus, Field, Canning y Anderson.

2.ª de Setiembre de 1871.

RICARDO BECERRA DE BENGUA.

## LOS QUIJOTES Y LOS SANCHOS.

(Continúa.)

CERVANTES.

Reparad, Quevedo, con qué solicitud caminan al lado de esos locos los ladinos *Sanchos de la ciencia*. Sobrado saben los trauques que Dalecina es una toaca aldeana del Toboso; pero mitad con cántica premura parecen buscarla. Demasiado conocen las locuras de sus señores; pero ved cómo cuidan de no contrariarles. Ellos buscan el gobierno de la Insula Barataria, y esperan que llegue el momento de obtenerlo para solazarse en el castillo ideal á costa de sus mentecatos amos. Desalados corren de peña en peña tras el insecto nuevo, con santo fervor predicán la nueva idea, y hablan con énfasis de la conciencia y de lo infinito; pero cuando llega la apotecada Insula en forma de segada cátedra, cómodo sillón académico ó premiada y recomendada memoria, Leibnitz duerme en el estante el sueño de los justos, y el alfiler insecticida descansa al lado de los apollillados escarabajos. En vano D. Quijote les habla del deber y de la conciencia; ellos le miran socarronamente ó conspiran (en secreto por supuesto), para conseguir su ruina.

QUEVEDO.

Mirad, Cervantes, aquel grupo casi imperceptible de mancebos melenudos y ojerosos. Son los esparecidos restos de la raza, proxima á extinguirse, de los *Quijotes artísticos y literarios*. Pasaron los tiempos del arte y la poesía y sus raros cultivadores suspiran en vano por las musas que abandonaron el Parnaso, ensordecidos por el áspero chirrido de las máquinas y dispersadas por el práctico ejército de los agentes de bolsa. Apenas algún plebeyo enriquecido eleva de vez en cuando su tuntuoso palacio en que abigarradamente se revuelven y confunden todas las órdenes arquitectónicas conocidas, graciosamente coronados por descomunales montes de germánicos pizarras. Vergonzantes remedos de los templos griegos sirven de albergue á la turba de los bolsistas, y allí donde debiera escucharse el sacrosanto himno órfico se oye la voz chillona del sacerdote de Pluto, que pregona la cotización del consolidado ó de las acciones de ferro-carriles. Estrémécense en sus cimientos los muros almenados de los viejos castillos ante el férreo paso de la veloz locomotora. Á la incitante Asgasia, á la cultamente provocativa Finé reemplaza la cinica cortesana de Mabilie; y al armonioso coro de las ninfas sustituyen los delirantes acordes del repugnante can-can parisienno. En medio de esta tempestad furiosa que demorona las últimas ruinas del templo de la Belleza, los últimos poetas son esos tristes Quijotes que miráis. Su cascada lira, más desentonada que guitarrillo de rufián, lanza débiles sonidos que se pierden en el vacío y que apenas logran conmover á alguna doncelluela trazonchada y ética. En vano cantan su ilusión perdida, su esperanza muerta, su sé marchita; en vano intentan restaurar un mundo de poéticos recuerdos que ya desapareció. El castillo feudal en que sueñan se trunca en inhospitalaria y destaralada venta; la ideal siliide á quien enderezan sus tiernas trovos es acaso maleante moza del partido, y cuando juzgan que en premio de sus esfuerzos recibirá sus sienes la corona olímpica, escuchan con terror y asombro zumban en sus oídos la estrepitosa silba que les regalan los positivistas yanquises del siglo XIX. Aleccionados por tales ejemplos, los *Sanchos* de este género comprenden mejor sus intereses. El arte es para ellos cómodo escalon para ascender á puestos elevados ó rico filon que con exceso explotan. En el primer caso convierten el pincel ó la lira en dorada llave que les franquea las puertas del poder y truecan con gusto la dulce elegía por el voluminoso expediente. En el segundo obedecen ciegamente el precepto de nuestro amigo Lope y consagran sus vigilias á condimentar novelas ilustradas á dos cuartos entrega, ó á escribir los malos versos y los obscenos chistes necesarios para componer una de esas exhibiciones de carnes femeninas á que suele darse hoy, con intolerable abuso, el nombre de producciones dramáticas.

CERVANTES.

Con extrñeza observo, amigo, que apenas existe un solo *Quijote de la religión*.

QUEVEDO.

En cambio abundan los *Sanchos* de la misma clase. Y os debo advertir que os andeis con tiento en tales materias, porque de ellas puede decirse aquello de: *salida las mareas*, etc.

CERVANTES.

¡Vanos temores por cierto! En nuestros tiempos decíamos: ¡con la inquisición, chiton! pero en esta época de fraternidad y tolerancia...

QUEVEDO.

Debemos decir: ¡con el cálculo, chiton! En nuestros tiempos los inquisidores eran Quijotes, pero en estos son Sanchos, y bien sabéis que los Sanchos son temibles. Entonces se quemaba por amor de Dios, pero hoy

si yo fuera Dios, preferiría mil veces ser negado por los ateos del pasado siglo á ser incensado por los fieles del siglo presente.

CERVANTES.

Ni en la eternidad conseguireis refrenar vuestra lengua mordaz, Sr. D. Francisco.

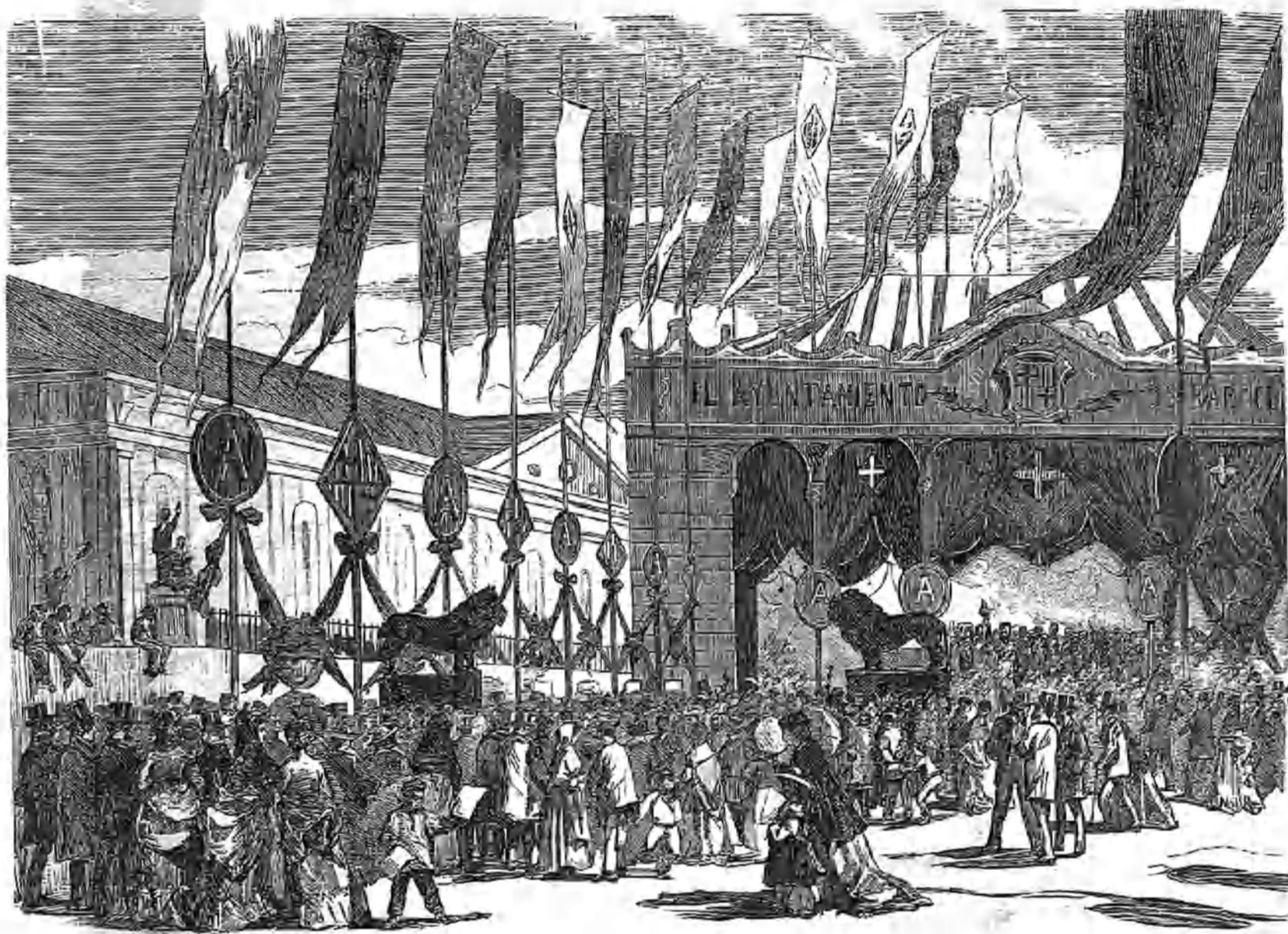
QUEVEDO.

Para refrenarla tendré que comenzar, mi buen Cervantes, por dejar de ser justo y amigo de la verdad; pero dejemos esto á un lado. ¿No veis aquella inmensa

mediante una operación matemática que jamás le falta, reserva para sí los torreznos y deja los estacazos para sus cándidos compañeros, pues no sin razón decía que *hay torreznos donde hay estacazos*.

CERVANTES.

¡Válgame Dios, y cómo bullen y se agitan aquellos Quijotes del gorro frigio! ¡Ved cómo se apresuran por imponer al mundo los estatutos de su orden caballeresca! Piensan que es llana empresa cambiar por tramoya las condiciones todas de la vida, y se arrojan lanza en



LLEGADA DE S. M. EL REY Á LA ESTACION DEL CAMINO DE HIERRO DE BARCELONA

se anatematiza por amor del bolsillo. Considerábase entonces la religión como tesoro inapreciable de la conciencia; como consuelo y bálsamo del alma; hoy se considera como especie de policía sanitaria, como saludable freno para pasiones que pueden ser peligrosas, ó como fórmula de buen gusto digna de cierto hipócrita respeto con que se barniza la mofa ó se disimula el desprecio. Perdida la fé, aunque no sustituida por otra nueva, la religión está en manos de los Sanchos disfrazados con frecuencia de Quijotes. Es para los científicos tema de disertaciones académicas no menos falsas que elegantes, para los poetas recurso inapreciable para alardear sentimientos de oropel, para los políticos materia explotable en todos los sentidos, para las mujeres espectáculo nada costoso que distrae su sensibilidad estragada, ó medio facilísimo de cumplir en breves momentos con Dios para después solazarse libremente con el diablo. Nunca se habló más de religión y nunca hubo menos, nunca se rindió á Dios tan reverente culto y nunca tampoco se prescindió más de su persona. Jamás se celebró tanto al profeta Galileo y jamás se violaron más descaradamente sus preceptos; bien así como el creciente enaltecimiento de la Virgen coincide con la desaparición cada vez más rápida de la virginidad. Creedme, Cervantes, y no veais en esto una blasfemia;

procesion de Sanchos y Quijotes de tan diferentes aspectos? Visten unos elegante frac, otros mal cortada levita que á dos leguas revela su plebeyo origen, otros remendada chaqueta. Ostentan unos en su cabeza encarnado gorro frigio, otros boina blanca, bajo la cual suele vislumbrarse negro solideo, otros irreprochable sombrero de copa, otros, en fin, képis y chacós de variadas y extrañas formas: son la legion innumerable, comparable en sus efectos como en su cantidad á la langosta, de los *Quijotes y Sanchos de la política*.

CERVANTES.

Observo que todos los Quijotes de esta casta llevan boina, gorro frigio y algunos chacó ó képis, pero entre los de frac ó levita no hallo ninguno por un ojo de la cara: todos son Sanchos. Verdad es que no hay pocos de estos entre los primeros.

QUEVEDO.

Fué siempre el quijotismo compañero inseparable de los partidos extremos, y nunca vivió Sancho mejor que con los medios. Á veces, sin embargo, juzga explotable la candidez de aquellos y mezclándose en sus filas y formando entre los más gritadores y bullangueros, aguarda con paciencia el momento del triunfo en que,

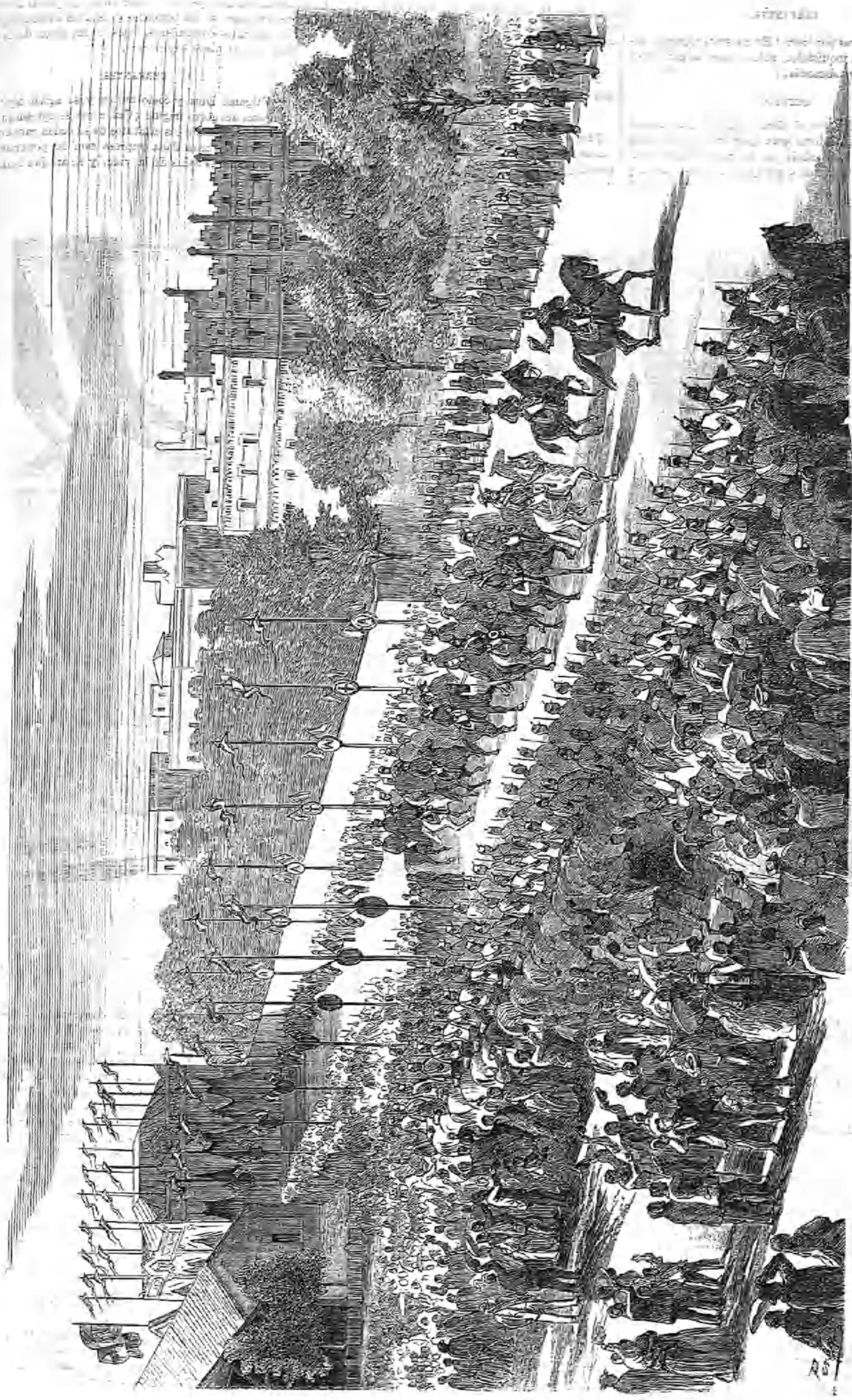
ristre á combatir al molino de viento que allá en lontananza se descubre. ¡Vana empresa! Movidas por el aire giran sus aspas, y ante su ímpetu ruedan en el polvo maltrechos caballo y caballero. Ni aun por esto se desaniman. Vuelven otra vez á la carga con más desalentada furia, y tal es su denuedo que aun sus mismos arneses quedan rotos en la contienda. No vacilan para obtener la victoria en hacer pedazos sus propias armas y boerrar la empresa de un escudo. Por todo extremo diegos, dispersan y maltratan las tímidas ovejas al grito de fraternidad y tolerancia, y ponen en libertad á los galeotes en nombre de la justicia. Ni será maravilla tampoco que á trueque de triunfar confien su espada á algun gigante formidable que así dé tajos y mandobles á sus enemigos como á los que le hicieron dueño de la fuerza. ¡Y qué me decís de los Quijotes de la boina? Como aquellos disciplinantes que mi D. Quijote combatía con tal denuedo, con igual donaire se sirven de su santo báculo para sostener las andas de la Virgen ó para repartir sendos garrotazos. ¡Inútiles esfuerzos! Semajantes en brío y heroísmo á los encamisados que acompañaban á aquel cuerpo muerto que tanto terror puso en el ánimo de Sancho, huyen al fin vergonzosamente, dejando en el campo los suculentos manjares que llevan en sus bien surtidas alforjas, restos mezquinos de pas-

Entrada

El Rey y la Reina con sus hijos y la familia real, acompañados por el Príncipe de Asturias, el Duque de Calabria y el Duque de Braganza, se dirigieron a Barcelona para recibir a S. M. el Rey de España.

La recepción tuvo lugar en el Puerto de San Felice, donde se les esperaba con gran entusiasmo por las autoridades y el pueblo. El Rey y la Reina salieron a recibirlos en un carruaje, y se les acompañó hasta el Palacio Real de Barcelona.

ENTRADA DE S. M. EL REY EN BARCELONA.



851

das grandezas que no han de volver. Tarea prolija sería por cierto enumerar tantas y tan variadas huestes, entre las que merecieran especial mención aquellos santos varones que desde las alturas de una inaccesible metafísica pretenden arreglar ese campo de Agramante, recibiendo de un lado los golpes de los Quijotes que deo señalados, y siendo del otro víctimas de las astucias de los Sanchos, no menos que aquellas benditas almas que luciendo vistosos uniformes hacen evoluciones militares al compás de alegres himnos, sin parar mientes en las burlescas sonrisas de ciertos Sanchos, que esperan en calma al momento de jugarles una mala partida, que ni es la primera ni probablemente ha de ser la última.

QUEVEDO.

Bien pudiera yo decirlo, amigo Cervantes, en esta ocasión lo que decía mas Pedro al muchacho que enseñaba su retablo: *Sigue tu canto llano y no te metas en contrapuntos que se suelen quebrar de solitas*. Materias hay resbaladizas en las que es fácil dar con la mejor intención un mal paso, y creo por ello conveniente no dejaros pasar adelante en vuestra donosa enumeración de políticos Quijotes. Aun por eso no quiero detenerme en considerar los Sanchos, si bien en ellos habríamos de ver muchas y grandes cosas. Veríamos con los ojos puestos en la ansiada final explotar las candidaturas de los Quijotes, revestir más diversas formas que el Proteo de la fábula, hacer profesión de la cábala y la intriga, alardear de integros para enmascarar su corrupción, presumir de consecuentes para saltar de partido en partido con más limpieza que titerero en feria, llamar censatez á la falsedad, experiencia á la astucia, decoro á la hipocresía, altos intereses á la propia conveniencia, libertad bien entendida al disimulado despotismo, sanas doctrinas á la carencia de toda idea, y en suma, veríamos les erigir el interés en divinidad, el miedo personal en fin supremo y regla de la vida, la corrupción y la intriga en sistema de gobierno. Y lo que es más extraño, veríamos á veces exagerado esta espíritu egoísta hasta trocarse en un quijotismo de nueva especie, en que convertida en punto de honor la habilidad en el engaño, se extrema hasta el punto de ser el único engañado el engañador mismo y de trocarse las habilidades en candidas torpezas. Pero la materia es larga y el tiempo breve y es bien que pongamos punto á nuestra sabrosa conversación.

CERVANTES.

Contento quedo de ella, amigo D. Francisco, pero permitidme oponer un reparo á vuestras ingeniosas ocurrencias. ¿No pensais que en último término pudiera deducirse de vuestros discursos que Sancho es el buen sentido y D. Quijote la idealidad generosa, viniendo por tanto á condenar de una parte la experiencia que es regla segura de la vida, y de otra la abnegación y el heroísmo que engendran toda buena acción y salvan toda buena causa? ¿No será un triste escepticismo el resultado de nuestra conversación?

QUEVEDO.

Comprendo vuestro honrado escrúpulo, pero afortunadamente nada tiene de fundado. Aquel principio del antiguo moralista, *es quid vivis*, debe ser norma constante de nuestros juicios como de nuestras acciones. Toda cualidad exagerada conviértase en defecto; toda virtud extremada truécese en error. La idealidad sin el contrapeso de la experiencia es D. Quijote; el sentido práctico sin el auxilio de la idealidad es Sancho Panza. Todo hombre tiene algo del uno y algo del otro, pero, ¡ay de él si se entrega á cualquiera de los dos! Axioma vulgar es que debemos tener un poco de Dios y otro poco del diablo, á saber: del primero lo bastante para ser justos, del segundo lo suficiente para no ser tontos. Sea cada hombre Quijote para amar el bien y Sancho para saber realizarlo en la vida con arte y destreza; concierte en delicada armonía el amor á lo ideal que nos remonta al cielo y el sentido y conocimiento de lo real que nos impide apartarnos de la tierra, y el hombre será en lo posible perfecto y en lo posible feliz. Pero si pretende vivir fuera del mundo y prescindiendo de la realidad engañase á cada paso y á cada paso tropieza en el camino, pasará por loco como D. Quijote, y sobre no hacerse bien á sí propio, menos podrá hacerse á los demás. Mas no viva tampoco entregado al egoísmo grosero, como Sancho, que será fácil en este caso que descubierta su malicia reciba el mantenimiento á que la hacen acreedor sus interesadas artes. Ved, pues, cómo no se engañaban los que decían que en vuestra inmortal novela habíais escrito la epopeya de la humanidad. Todo el problema de la vida, para el individuo como

para la sociedad, estriba, con acierto, en esto: en unir en lazo indisoluble y armónico al eterno Quijote y al eterno Sancho que todos llevamos en la conciencia.

ANDRIMAN.

## LOS DRUSOS.

Yendo de Beirut á Saida, la villa humilde que hoy se recuesta sobre el polvo ilustre de Sidon la fenicia, se deja á la derecha el Mediterráneo, cuyas aguas forman constantemente uno de los linderos del camino, festoneando de espuma las doradas arenas, y á la izquierda una cordillera que forma parte del monte Líbano y en árabe se llama *Yebel-el-Drus*, montaña de los Drusos, porque en ella reside este pueblo notable entre todos los moradores de Siria por la virilidad de su raza, lo antiguo de su origen y la singularidad de sus creencias religiosas, que son uno de tantos misterios como esconden esa tierra de leyendas y milagros que se llama el Oriente.

Hasta que Basilio, obispo de Sidon, publicó su obra titulada *Catecismo de las doctrinas de la religión drusa*, y Silvestre de Sacy su *Noticia de la religión de los drusos*, no se conocían más que por conjeturas la teogonía y el rito que sigue esa secta híbrida, mezcla de pagana, cristiana ó islamita, anacronismo vivo y amenaza constante para el cristianismo y la civilización en aquellas fértiles y poéticas regiones; pero la lectura de estos libros y las relaciones de otros viajeros permiten ya formar una idea aproximada.

Yo la tenía cuando hice mi viaje á Siria y visité con el interés histórico y la curiosidad artística que merecen el Líbano y el Antilíbano, el Hamran y demás comarcas habitadas en todo ó en parte por los drusos; pero debo decir que si no hubiera permanecido mucho tiempo en el país, lejos de aprender algo nuevo habría perdido la fé en lo poco que sabía acerca de esa población hipócrita y feroz, que oculta cuidadosamente todos los misterios de su culto, adulterándolos con ceremonias de otras religiones para que nadie sepa á ciencia cierta en qué consiste la suya.

El primer druso que conocí fué el emir Mohammed-Ruslan, á quien me presentó en Beirut un *effendi*, secretario del gobernador. Es un príncipe joven y elegante que habla muy bien francés, habiendo hecho su educación en el colegio de jesuitas de Gazir, muy desprecupado y muy franco en todo; pero á quien hallé impenetrable en punto á su religión, por más que yo le hablara de lo que acerca de ella había leído y me proponía confirmar ó rectificar. Él se limitaba á decirme cortésmente que ninguno de los autores que le citaba había acertado á expresar fielmente las creencias drusas, y esto mismo me dijeron después en Daer-el-Kamar y en Damasco otros, entre los cuales debo mencionar algunos *akhs* (sabios), únicos que están iniciados y tienen á su cargo la custodia de los libros sagrados, distinguiéndose de los demás, llamados *chebets* (legos ó profanos) en que llevan el turbante blanco. Estos libros son cuatro y Sacy los ha vertido á la lengua francesa y hecho un análisis de ellos. Los *akhs* los leen y los comentan en asambleas secretas, únicas ceremonias de su culto. En ellas está, pues, la ciencia de la antigua religión drusa; mas la ignorancia de las masas y la adulteración causada por la mezcla y confusión de otros ritos la han desnaturalizado en apariencia, tanto que el vulgo de los drusos no miente cuando dice que no sabe en qué consiste su religión, pues realmente no tienen idea de ella, ni de ninguna otra. Entre los mismos *akhs* hay quizás algunos que ignoran la mitad de las cosas que Sacy ha tenido la paciencia de compilar en su erudita obra, que es preciso estudiar para conocer á fondo el origen, la historia y á la religión de este pueblo.

En el siglo x el califa Hakem, de la dinastía de los Fatimitas, que ascendió á la suprema dignidad del islam cuando sólo tenía once años, usó, en su soberbia, proclamarse Dios; é inmediatamente, como el servilismo en las razas orientales es tan abyecto, encontró dios y seis mil adoradores y un profeta, llamado Durzi, tureco de nación, de quien los drusos tomaron su nombre y cuya memoria es muy venerada todavía, aunque, á decir verdad, se han suprimido muchas de las infamias del culto por él predicado. Los mahometanos fieles, escitados por los *derwiches*, hicieron una revolución y Hakem pareció asesinado, sucediéndole otro califa que inmediatamente prescribió á sus súbditos volviesen á la religión de Mahoma, orden que obedecieron muchos; pero otros cuyo torpe apetito se avenía perfectamente con los preceptos

barbaros del culto nuevo, prefirieron el ostracismo á la ajujuración de sus errores y emigraron, estableciéndose en el monte Líbano, á principios del siglo xi, después de sostener una guerra encarnizada con los maronitas, raza intrépida y amiga de su independencia, como todos los pueblos montañeses, pero que, á pesar de su esfuerzo, se vió obligada á ceder á los invasores una parte de su territorio, abriendo una era de luchas intestinas y de venganzas sangrientas que los árabes primero y los turcos después han explotado para establecer su dominación en el Líbano. Drusos y maronitas han sido alternativamente los más fuertes y han podido saciar en saña vengativa unos en otros; *hay sangre entre las dos naciones*, contestan los emires de uno y otro bando, cuando la diplomacia europea quiere influir para unirlos en contra del turco.

Há aquí los puntos principales del dogma religioso de esta secta que ha intentado mistificar á muchos viajeros, haciéndoles creer que sus individuos descienden del conde de Dreu, caballero francés que después del desastre de la última cruzada quedó abandonado y errante con algunos de los suyos en las gargantas de la montaña violeta, donde con el trascuro del tiempo y la falta de sacerdotes olvidaron la religión de sus mayores, dejándose contaminar por los errores del paganismo y del Koran. Sólo un etimologista suspicaz podría fijarse en esta absurda leyenda.

Los drusos creen que Dios tuvo diez encarnaciones, habiendo sido la última el califa Hakem, el cual debe volver el día del juicio final y reinará por la fuerza de la espada, después que hechos prodigiosos, entre ellos la discordia de los reyes y el triunfo de los cristianos sobre los musulmanes, hayan anunciado su venida, en cuyo día Hakem premiará á sus adoradores dándoles oro y plata, el imperio y las dignidades. Unos serán sultanes, otros emires y bajos simplemente otros, según sus méritos, debiendo ser todos servidos por los renegados, convertidos en esclavos suyos y condenados á que su alimento y su bebida sean eternamente amargos, á llevar la cabeza cubierta con un gorro de piel de cerdo y en la oreja un anillo de cristal negro, que Hakem les pondrá para que les abraze la cabeza en verano y se la hiela en invierno. Igual, aunque un tanto menos riguroso, será el castigo de hebreos y de cristianos.

Hay en esta religión cinco profetas, de los cuales el primero es Hamsé, autor del *Evangelio*, libro fundado sobre la eterna sabiduría. Los demás profetas del *Antiguo Testamento* no son más que una sucesión de espíritus idénticos.

La *esbiduria* es el título de su libro principal y los pies de la sabiduría son San Juan, San Marcos y San Mateo, que predicaron durante siete años, porque para ellos el número siete es sagrado; creen que hay siete cielos, siete tierras y siete planetas, como hay siete días en la semana y siete ventanas en la cara del hombre; dividen además el globo terrestre en siete círculos; el arco iris en siete colores y la escala en siete notas, que son la base de la armonía; igualmente las pirámides tienen siete pisos y siete urnas cinerarias, el *hoyi* \* de siete vueltas á la *kaaba* donde Mahoma está sepultado, Hakem llevó siete vestidos negros, dejó crecer sus cabellos durante siete años y durante siete años también no cabalgó más que sobre asnos. Por último, Hamsé, hijo de Ali, se apareció siete veces á los hombres, bajo siete nombres distintos.

De esta preocupación no me burlaré, porque el número siete es desde el origen de los tiempos venerado por casi todas las naciones del globo, sin duda por ser base de la división del tiempo. En la doctrina cristiana y en la Biblia misma, dicha cifra aparece con tanta frecuencia y relacionada con cosas tan esenciales que parecen simbólicas.

Los drusos tienen algo de maniqueos, puesto que admiten la metempsicosis y creen en la existencia de un espíritu malo creado para luchar con el bien, que llaman Iblis; y cuya influencia hacen extensiva á los animales y á las plantas. Creen también que el purgatorio de sus almas es pasar cierto tiempo en el cuerpo de un animal, especialmente de un gato, por cuya raza profesan un gran respeto á las bestias y no las matan jamás. Lo que más les humilla es pensar que su espíritu podrá habitar un día el cuerpo de un asno que montará un judío. Nunca pronuncian el nombre de Dios, no se circuncidan, ni tienen iglesias, ni mezquitas, reuniéndose cada treinta noches en una casa ó en una colina y siempre secretamente, sin que nadie los convoque, pues no tienen clero y el presidente de la reunión no tiene más título que el de *sheque* de los inteligentes.

\* Peregrino musulmán.

Los hermanos se reconocen entre sí por este saludo:

— *Se sientra en tu país la semilla de miravolantes!*

— *Si, se sientra en el corason de los eriyentes.*

La poligamia no está admitida; pero la familia no existe tampoco, pudiendo padre, madre, hijos y hermanos separarse por el motivo más leve, incluso por haber salido la esposa á la calle. Los hermanos y las hermanas no pueden dormir bajo el mismo techo, pues si lo hacen, tienen estos el derecho de violación. Generalmente el hermano se casa con su cuñada viuda, según la costumbre israelita y, lo mismo que todos los árabes, estiman en mucho á los hijos varones y desprecian á las hembras hasta el punto de apalpar algunas veces á las mujeres que dan á luz una.

El *Evangelio* es para los drusos un libro divino, creen que su profeta Hamsé dió sepultura al cuerpo del Mesías y lo robó después, diciendo que había resucitado. También han conservado el Korán y muchas ceremonias de los musulmanes, pudiendo así decir á éstos y á los cristianos: «Somos de los vuestros.»

Como moral tienen establecida la pena del Talión, y creen lícito todo lo que puede hacerse humanamente con tal que sea en secreto y pueda quedar oculto.

La población asciende á doscientas mil almas y vive dedicada á la agricultura y á la ganadería, bajo el gobierno directo de sus emires y reyes más nobles, pues, aunque vasallos del sultán, la Sublime Puerta tiene sobre los drusos una autoridad nominal puramente. Por condonación se dignan pagar el impuesto territorial y la capitación, pero están exentos del servicio de las armas.

Hospitalarios como todos los orientales, acogen muy bien al extranjero, sin disimular, no obstante, su genio altivo y su espíritu batallador, que les hace tenerse por los mejores soldados del mundo. Son, efectivamente, de arrogante presencia, muy fornidos, llevan el pecho y los brazos siempre descubiertos, pues su túnica rayada de rojo ó azul no tiene mangas y el *mechwal* lo echán hacia atrás y flota en artísticos pliegues sobre los hombros. Á la cintura cifan una amplia faja de vivos colores donde guardan un arsenal de yataganes y pistolas; calzan babuchas encarnadas de punta rebocada, y rodean su cabeza un inmenso turbante con armadura de cartón, que tiene á veces cerca de un metro de circunferencia. Sus ojos tienen un brillo salvaje, su barba es muy larga y su boca está generalmente contraída por un fruncimiento feroz.

Son buenos tiradores; pero manejan con preferencia el arma blanca: la lanza, el sable y sobre todo el hacha. Bien lo saben los infelices cristianos de Sable, Damasco y Daer-el-Kamar inhumanamente degollados cuando la horrible matanza de 1860. ¡El 9 de julio de sangrienta memoria!

Siete años después conocí yo en Damasco al caudillo de aquella hecatombe, un viejo de ochenta años, muy alto y corpulento, subido de color, con ojos grises, girando bajo pardosas cejas blancas, como su barba venerable. Tal era Ismaín-el-Atrach, el que entró en la fortaleza de Daer-el-Kamar, llena de cristianos refugiados de la montaña, bajo la fé del gobernador turco que abrió después las puertas al saqueo druso, cuya hacha hizo aquel día terribles estragos. Condenado á muerte, en rebelión, fué amnistiado algun tiempo después y yo le vi un día en el diván de Derrich-Bajá, capitán general de Siria, que le atendía y obsequiaba mucho; necesitaba hacer alianza con él para combatir á una tribu de beduinos rebeldes.

A pesar de la gran dignidad de sus maneras y de los respetuosos *temenás* que me hizo, yo no pude durante toda la visita apartar mis ojos de sus brazos nervudos y de sus vellosas manos que me parecían chorreaban sangre todavía.

Finalmente, los drusos están bajo el protectorado de Inglaterra, cuya influencia los sostiene por oposición á Francia que protege á los maronitas; mas apesar de esta solicitud y de los grandes desembolsos de la Sociedad Bíblica de Londres, que tiene en el Líbano varias misiones, el protestantismo no ha logrado hacer prosélitos entre ellos. Lo más que los misioneros convierten es algun hebreo ó algun cismático, y éstos al poco tiempo vuelven á la sinagoga ó á los pies del archimandrita.

A pesar de las esenciales diferencias de origen y de dogma que acabo de señalar, las costumbres de este pueblo son las mismas que las de sus vecinos, maronitas, inuallás y turcos. Pasan el día tendidos en cogines y tapices que por la noche les sirven de cama; no usan cubiertos y comen sentados en el suelo alrededor de una gran bandeja de cobre cincelado ó grabado palmososa-

mente, que contiene el pan y todos los platos. Esta bandeja se coloca sobre un pequeño taburete de nogal con incrustaciones de nácar, llamado *sewálet*, y los hombres primero, las mujeres después y las esclavas en seguida, van saciando su apetito, metiendo la mano de plato en plato, según su capricho. Una criada ó un esclavo tiene un aguamanil y una tohalla preparados para que se laven la barba y las manos los comensales según concluyen de comer. Después se sirve el aromoso Moka, en pequeñas tazas sin asa, colocadas sobre copas de filigrana de plata ó de oro, y se encienden las pipas cargadas del perfumado tabaco de Lafakia.

El traje de las mujeres drusas es el mismo que llevan los turcos y cristianos del país; rico y vistoso interiormente, mas del todo cubierto por un amplio manto blanco, especie de sábana, que sujeta el vélo de gasa negra ó estampada, puesto sobre el rostro, y las cubre de pies á cabeza; llevan botinas de tafete amarillo, y á guisa de chanclos babuchas del mismo color, que dejan al entrar á la puerta del diván; de manera que cuando se va á hacer una visita, sabe uno si hay mucha gente en el salón por el número de pares de babuchas que ve en la antecámara. Con ese atavío las mujeres en la calle parecen espectros ó demonios blancos; pero lo que distingue á las drusas es el cuerno.

Me explicaré: en lo alto de la cabeza se colocan un tubo de metal, precioso ó ordinario, cincelado, de unos cuarenta y cinco centímetros de largo, cuya base suele tener cuatro centímetros de diámetro y dos el vértice. Este adorno, que llaman *taotér* (cuerno), va un poco inclinado hacia adelante y se sujeta á la cabeza con correas, contribuyendo además al equilibrio algunas bolas del mismo metal que penden del cuerno por medio de finas cadenas y bajan por la espalda hasta la mitad del cuerpo. En lo alto del cuerno se ponen un velo blanco y ligero que, dividiéndose en dos, encuadra la cara y puede taparla, si es preciso, lo mismo que las colgaduras de una cama; pero este adorno sólo tienen derecho á llevarlo las mujeres casadas y es un medio ideado por los celosos orientales para que las esposas no puedan andar con presteza y desenvoltura, pues la necesidad de guardar el equilibrio del cuerno les hace andar despacio y acompasadamente, quitando á su cuerpo gran parte de su agilidad y esbeltez. No se lo quitan ni para dormir. Los eruditos atribuyen un origen pagano á este extraño adorno, refiriéndolo al mitológico cuerno de la abundancia; pero este punto trataré de aclararlo en uno de mis artículos sucesivos sobre la Siria.

ADOLFO MENTABERRY.

## PUERTA DE SAN ANDRÉS EN SEGOVIA.

Hace algunos meses que un amigo mío, de una envidiable instrucción, perteneciente al cuerpo diplomático extranjero, acariciaba la idea de escribir sus impresiones en España, por lo que ansiaba conocer á esa Castilla que ha prestado en civilización y su lengua á medio mundo.

Ya se vé; los extranjeros creen haber conocido á España visitando el Museo del Prado, yendo un día al Escorial, otro á Toledo; cogiendo una naranja en el patio de la mezquita de Córdoba, subiendo á la giralda de Sevilla, bebiendo una copa de amontillado en Jerez y comiendo en las fondas Washington Irving ó de los Sieteuelos de la Alhambra.

En Castilla, apenas si visitan la catedral de Burgos, muy pocos se detienen en Valladolid ó Ávila, y tal vez ninguno va á Salamanca, Leon y Segovia, que guardan estimables muestras del genio español en las principales épocas históricas y cuya magnificencia encanta.

Gran contento tuve yo al ver que mi amigo salía de la ruta generalmente trazada, y al día siguiente emprendimos nuestro viaje, con vivas muestras de placer entrambos. El, porque iba á conocer de cerca la Castilla, la comarca más importante de la península ibérica, yo, porque le iba á enseñar la extraordinaria vegetación de Valcaín, los riancos jardines de La Granja, los palacios de Riofrio y Quitapesares y la ciudad de Segovia, sobre una gran peña amurallada, á la que se sube por cómodos pascos adornados de elevadísimos árboles, tentando en vano ocultar los arcos de su acueducto, los torreones de sus palacios feudales, las agujas de sus iglesias bizantinas, su linda catedral y su soberbio aunque destruido alcázar.

Hétenos en Segovia, contemplando un acueducto desde el paseo de la fábrica de loza, viendo con toda su esbeltez los elevadísimos pilares de ese venerable portento latino, dibujando allá en las nubes por encima de las casas las airoosas siluetas de sus medios puntos, hasta que penetra en la roca por el muro, para llevar hoy como

el primer día, como hace nada ménos que mil y ochocientos años, un raudal de vida á la ciudad.

Nuestras almas se sintieron dominadas por un singular respeto hacia aquel coloso de los siglos, y sin ningún esfuerzo comprendimos entonces el por qué se han postrado ante su grandezca, así los hijos de los helados países del Norte, como los de los abrasados desiertos del Oriente; así los alemanes, como los bretones y franceses; el por qué Wellington deseaba estuviese cubierto de cristales, y el por qué es el único testigo invulnerable de tanta lucha civil, de tanta guerra de raza como en todos los tiempos han empapado de sangre la hermosa tierra de la patria.

El ver al acueducto de frente, no es ver más que medio monumento, es necesario verle desde el Postigo, desde el punto en que penetra en la muralla, desde lo alto, oyendo el suave murmullo de las aguas que se deslizan por encima, y contemplar aquellos perfiles por la intemperie carcomidos, aquellas chinias por el *divitus* desprendidas y depositadas en las cornisas de los pilares, aquella inmensa mole teñida por el oscuro tinte de la ancianidad, y que ofrece un no sé qué tan misterioso que anonada al espíritu con su grandezca. ¡No es verdad, le dije, para cortar la especie de fascinación que aquel monumento ejercía en mi compañero, valiéndome de la frase de un académico de la de Ciencias, que para traducir estas piedras al papel se necesita escribir una biblioteca!...

Descendimos del Postigo al Azoguejo, no sin considerar la facilidad con que aquella plaza se trasformaría en uno de los sitios más interesantes.

¡Pensaré la municipalidad de Segovia en derribar el no acabado templo de Santa Columba, dando así un grande ensancho á la plaza, en cubrir de verdura la caprichosa subida del Postigo, y enfrente del pilar del Niño del diablo, como dice el vulgo, hacer una fuente cuyo surtidor mida tan asombrosa altura! Ah y cuán bello, si viéramos que el agua subía por presión la altura que salva por la doble arcada!...

Subiendo por la dulce caseta de la calle del Carmen íbamos departiendo agradablemente, cuando se presentaron á nuestra vista con extraño aspecto la Puerta y la Casa de los Picos, llamada así por estar edificada con sillares prismáticos, que hiriendo la imaginación del vulgo le hicieron trocar por ese nombre el de Casa de los Judíos, que antes de su expulsión tuvieron, por ser su lonja, y que no cuadraba y ménos convenía á los cristianos muy viejos y de sangre azul que desde entonces la habitan con el honor ó la carga de custodiar y defender aquella puerta, que es la principal de la muralla.

Mucho llamó la atención esta singular ocurrencia á mi *touriste* de que hubo de hacer una nota, y sería interminable este artículo si fuera á referir con puntos y comas todas nuestras impresiones al ver la escalinata de San Martín con el precioso átrio bizantino á la izquierda, nuevamente restaurado con inteligencia; el torreón de los marqueses de Lozoya enfrente, la casa del conde Juan Bravo á la derecha y en lo alto el palacio de Enrique IV, revocado á la moderna.

Su esbelta catedral nos presentó poco después graciosamente sus arcaadas y cinesas góticas, como ninguna otra de España, sin duda por ser la más moderna y no haber tenido tiempo la piedad de nuestros abuelos de rodearla de esas capillas y santuarios, de diversos géneros y gustos, que tapan y deslucen á la mayor parte de nuestros templos.

¡Cuántas reflexiones nos ofrecieron los contiguos barrios de las Canonjías, que por la noche se comunicaban con un portillo, que aún se ve, y los de la Almuzara y Judería, que conservan estos nombres, recordando la tolerancia en aquellos tiempos entre moros y cristianos!

Allí están juntos, evocando la disciplina y la organización social de la Edad Media: allí están juntos, si; pero, ¡cosa rara! los Canonjíos en lo alto, en el camino del Alcázar, los otros en las pendientes de la cuesta que conducen al matadero.

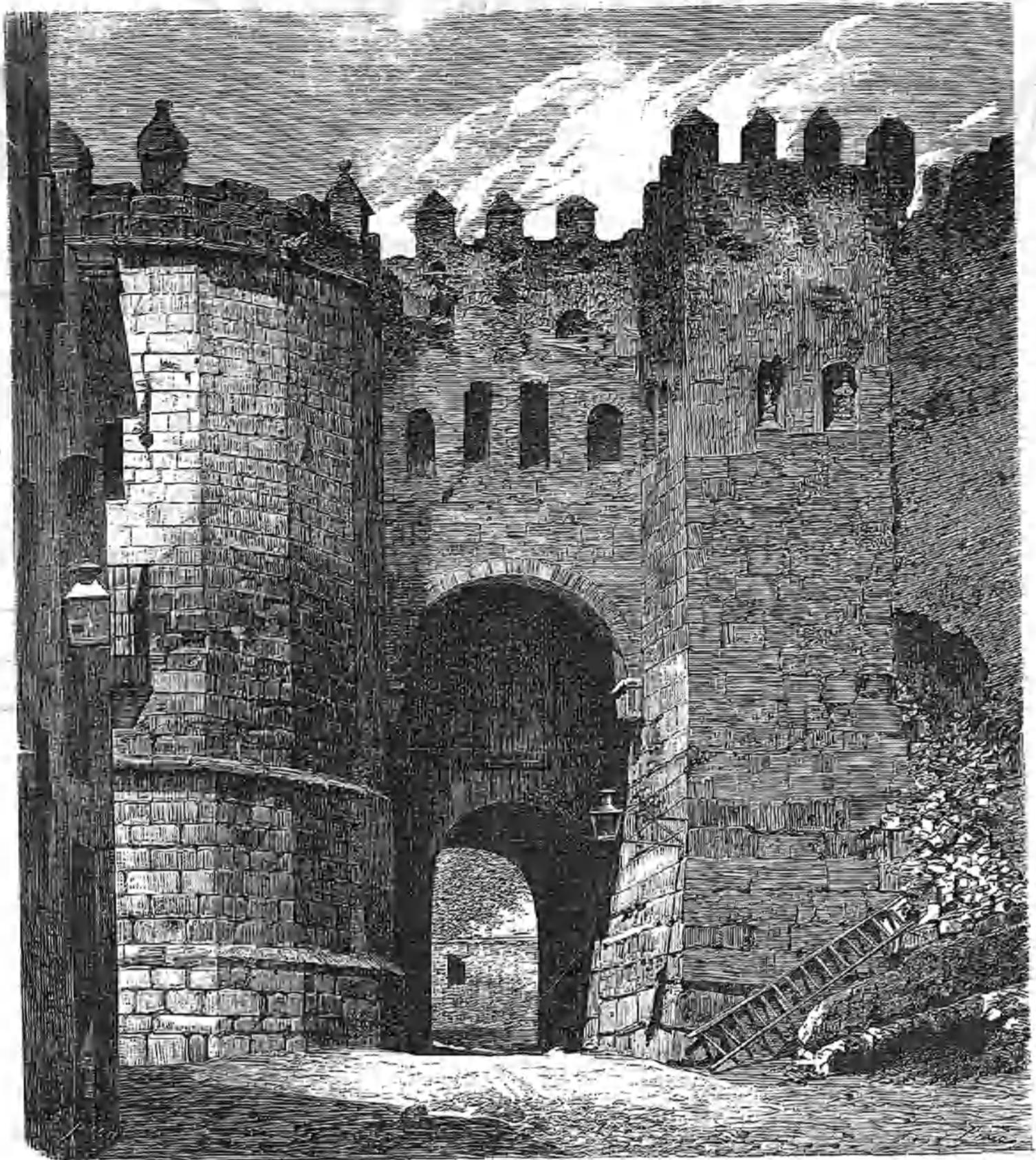
¡Pobres mazárabes en tiempo de los moros; pobres judíos en tiempo de los cristianos!

Como digno remate de la ciudad está el Alcázar. Yo no pude mirarle, que lo impedían las lágrimas que á mis ojos se agolpaban, y me afané por distraer mi pensamiento para no maldecir la aleva mano incendiaria de aquel Alhambra de los reyes de Castilla.

Tristemente preocupados salimos por la verja de hierro de su plazuela para llegar á la puerta de San Andrés, que fielmente representa al grabado que acompaña.

Es esta puerta notable por ser la más antigua que se conserva en la ciudad, y corresponde á los barrios de la Almuzara y Judería que se mencionaron poco hace como los más pobres y peor situados, por lo que, sin duda,

\* Saludo oriental, llevándose la mano á la cabeza y al pecho.



PUERTA DE SAN ANDRÉS EN SEGOVIA.

ningun caballero de la antigüedad la solicitó, cual la de los Picos, para en ella levantar su casa.

Pero no se crea, aunque se la vé agrietada, que se remonta á la época del acueducto. Eso consiste en que el arte de la construcción romana se perdió entre el polvo de las ruinas de su imperio.

Data del siglo XI, cuando Alfonso el de Santa Gadea, queriendo se olvidara el trágico fin de su hermano en el cerco de Zamora, sale de Burgos decidido á colocar el pendon morado de Castilla en los territorios ganados por el conde Fernán González y despues recobrados por los moros.

Tomada otra vez Segovia, con tantas algaradas destruidas, y obligado por agradecimiento á respetar el reino de Toledo mientras le rigiera Aliménon, dedícase á poblar y fortificar la ciudad para impedir que en adelante volviera jamás á los musulimes.

Entónces fué cuando sobre los antiguos romanos cimientos, levanta sus elevados muros y abra esa puerta por el tiempo agrietada, sobre el corte perpendicular de la peña en que se asienta.

Al llegar á ella, mi compañero de viaje se asoma á la vertiente, me llama la atención hácia aquellas veredas que serpentean la roca hasta bajar á un puentecito que atraviesa el arroyo, para luego, amoldándose á las ondulaciones de la corriente, seguir y perderse, y volver á aparecer por la base de la otra roca escalonada de en

frente, ya que su altura hace imposible el franquearla: observa despues la armonía que con aquel severo paisaje guardan la puerta de San Andrés, la ennegrecida muralla que termina allá con las torres del Alcázar, y cuando, visto todo, me disponia á partir: — "Un poco más, me dice, que por aquel recodo va á aparecer un caballero armado de todas armas."

RICARDO VILLANUEVA.

CASCO DEL EMPERADOR CARLOS V.

El casco ó borgoñota cuya copia publicamos en la primera plina de este número, perteneció á Carlos I de España, V de Alemania, y se conserva en la Real Armería señalado con el número 2323.

El notable catálogo oficial que se publicó en el año 1849, siendo director de la Armería el Excmo. Sr. don José María Marchesi, describe exacta y puntualmente esta magnífica pieza.

En la parte anterior del casco están la Victoria y la Fama, sujetando de los bigotes á un turco vestido de loriga y en posición supina, el cual concluye caprichosamente por toda la cima, formando la cresta ó sea una cimera que termina en un mascarón. Por la parte anterior y entre las dichas dos figuras hay un escudo que dice en letras de oro damasquinado: SIC TUA INVICTE.

CÆSAR. En lo interior de la sobrevista se lee la inscripción: F. ET. PRA. DE. NEGROLIS. FACI. A. MCMXXIV. — Tiene damasquinados de oro y pesa cuatro libras y nueve onzas; el dibujo es del gusto del renacimiento.

Esta hermosa borgoñota, á la que sirve de asunto una alegoría de la conquista de Túnez, llevó equivocada, vulgarmente, y durante algun tiempo, el nombre de casco de Julio César, sólo porque se ve en él la palabra César en letras doradas, error indisculpable, pues nadie ignora que Carlos V, como emperador, era César. Cesaneo, en su catálogo *Gloria mundi*, part. v, dice: "El emperador recibe tres coronas, la primera en Aquigrán, la segunda en Lombardía y la tercera de mano del Papa. Su divisa es el mundo, y sobre él una cruz, y también es una espada que significa superioridad; su título es *semperiternus sacra, cesarea, católica majestas*, César Augusto invictísimo."

Dice el referido catálogo de 1849 que la inscripción SIC TUA INVICTE (invictissime) CÆSAR, que se halla en la sobrevista, revela un elogio dedicado por los artifices Negrolis, ya al emperador, ya á su brillante casco, y puede traducirse: *Así son tus cosas, César invictísimo, ó de este otro modo: Tan grande es el mérito de este casco como tus hechos*; pero la segunda versión no nos parece acertada.